

AL FINAL DEL COSMOS

LAW SPACE

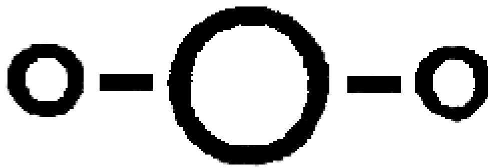
Al final del Cosmos

COLECCIÓN
ESPACIO

Al final del Cosmos

por

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

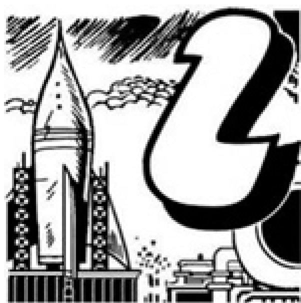
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta —Pasaje Nuria, 8 —Barcelona

AL FINAL DEL COSMOS

CAPÍTULO PRIMERO



A oscuridad era cada vez mayor...

A lo lejos, detrás de un cielo sin nubes, los dos soles gemelos del Sistema no eran ya más que sendos glóbulos pálidos, agigantados; dos estrellas que habían ido creciendo monstruosamente, al tiempo que se tornaban estérilmente huecas.

De la lujuriante vegetación del planeta Kumus ya no quedaban más que raquíticos vestigios, algunos hierbajos amarillentos, sin el menor asomo de la vivificante clorofila. Y las hojas que pendían de los árboles, retorcidos ya como olivos prehistóricos, tenían el mismo mortal color amarillento, que es

como la palidez cerúlea que anuncia la postrer agonía de las plantas.

Hasta el suelo se había ajado, marcándose de la esterilidad general, como si la tierra supiese también que estaba llegando el final definitivo; una muerte mucho más intensa y terrible que las otras: ¡La muerte cósmica!

Para Huk, el sabio jefe de los kumianos, que observaba, a través del potente telescopio electrónico, la agonía de los soles gemelos, todo aquello era demasiado horrendo para que pudiese explicarse de cualquier manera.

Meditaba en aquella vida planetaria que había durado cien mil millones de años —un tiempo fabuloso—; pero que ahora, junto al final, se contraía hasta parecer un solo segundo.

Había como una cínica traición en aquella especie de vida sideral, ya que los habitantes del Sistema, llenos de entusiasmo, habían trabajado durante milenios, sin descanso, produciendo civilización tras civilización y llegando, después de duras y cruentas pruebas, a aquella serena madurez que hacía de ellos una de las poblaciones más civilizadas del cosmos.

Habían desechado las guerras, los conflictos y hasta las pasiones. Porque sus psicólogos descubrieron que la verdadera personalidad estaba mucho más adentro, junto al alma y lejos de las capas externas de la mente, donde todo es falsa apariencia.

Serenos, comedidos, sabios, buenos, los kumianos vivieron felices en los últimos cincuenta mil años de historia. Hasta que un día, que debía haber sido como los otros, los soles gemelos que les alumbraban y daban vida empezaron a perder fuerza y a crecer, anunciando su cansancio estelar, su fatiga cósmica.

Todo había sucedido tan aprisa, a pesar de los tres mil años de esta tremenda agonía, que Huk pensaba tristemente en otros tiempos que no había conocido personalmente, pero de los que, no obstante, guardaba un cálido y emocionado recuerdo.

Oyó pasos tras él y volviéndose, vio que se acercaba Sam-La, su joven hija.

—¿Otra vez ante el telescopio? —le amonestó ella.

—¿Qué quieres que haga? Es verdad que el espectáculo no es nada risueño; pero, hija mía, no puedo dejar de pensar en todo lo que puede suceder.

—¿Por qué te preocupas, padre? Tac y los suyos preparan ya las espacionaves para la marcha.

—Ya lo sé. No creas que olvido mis deberes hacia mi buen pueblo; pero, de todas formas y aunque encontremos la felicidad más allá del espacio, no olvidaré nunca este planeta y los otros, donde los kumianos hemos sido tan dichosos.

—Lo comprendo, papá. ¡Pero tengo tanta ilusión por el viaje que vamos a realizar!

—Yo también. Deseo que nuestros hermanos vivan felices y que encontremos un mundo que nos haga olvidar el que abandonamos. Aunque lo dudo.

—¿Por qué? Dicen que la galaxia hacia la que nos dirigiremos debe de estar repleta de mundos interesantes y bellos.

—Así lo deseo.

—¡Será la más colosal aventura de nuestra historia, padre! ¡Imagínate! Dos mil espacionaves, con todo nuestro pueblo, en busca de un Sistema donde poder instalarnos y vivir en la felicidad y paz que merecemos.

—¡Ojalá lo encontremos pronto! Nacerán niños durante el viaje, morirán algunos que hayan alcanzado el ciclo final de sus existencias; pero, todos los que dejen de ser y los que sean de nuevo, estarán llenos de entusiasmo por el futuro... ¡Eso es lo que alegra mi viejo corazón!

Huk, sin dejar de maniobrar los mandos del telescopio, con sus dos cortos brazos-motores, se pasó los otros dos por la frente, contorneando el único ojo que brillaba intensamente sobre la aguileña nariz.

Aquellos dos brazos, desmesuradamente largos, llamados brazos-ideativos, no servían más que para, frotando la frente, influir en la marcha del cerebro, transmitiendo a éste una especial energía que despedían. Las otras dos extremidades superiores, los brazos-motores, estaban dotados de dedos y servían para el común y normal manejo de las manos.

Los brazos-ideativos terminaban en anchas palmas, delicadas y suaves, cargadas siempre de aquella sustancia que aumentaba el trabajo mental.

Por lo demás, los kumianos poseían un cuerpo de cierta belleza, terminado por dos piernas, cortas y recias, que les permitían caminar sobre un mundo donde la fuerza de la gravedad era gigantesca.

—Tac se acerca —dijo.

En efecto, el espaciotécnico de los kumianos penetraba en aquel momento en la estancia. Gracias al mensaje enviado telepáticamente, había avisado a Huk de su presencia.

Aunque los kumianos no poseían el don de la comunicación telepática del pensamiento, podían prevenirse, avisarse y hasta entenderse, elementalmente, gracias a la actividad bioeléctrica de sus potentes cerebros.

Tac se inclinó ante la joven.

—Buenos días, Sam-La.

Ella le miró con admiración, sin hipócrito disimulo alguno.

—Hola, Tac.

El joven se sentó cerca de Huk, al que miró intensamente durante unos segundos; después:

—Todo está preparado, señor.

—¿Cuánto durará aproximadamente el primer salto hacia esa galaxia? —inquirió el anciano.

—Unos diez días, señor. Viajaremos utilizando la contracción energética de nuestras espacionaves, acercándonos a un tercio de la velocidad de la luz.

—¿Crees que tendremos suerte, amigo mío?

—Lo creo, señor. Hay miles y miles de soles en esa galaxia. Su forma lenticular demuestra que es muy joven. Y, naturalmente, deben abundar los planetas de parecidas características a los de nuestro Sistema.

—¿Has pensado en la probable existencia de criaturas inteligentes... como nosotros?

—Es casi seguro que tropecemos con ellos, señor. Saldrán beneficiados del encuentro. Nosotros vamos en son de paz y abriremos los brazos a todos los que deseen compartir con nosotros una existencia que merezca el nombre de tal.

—¿Y si hallamos pueblos primitivos en estado atrasado?

—Los educaremos, evitándoles una penosa evolución histórica.

—Esos planes te honran, Tac. Es verdad que, con los años, pronto cumpliré nueve siglos y ya no me quedará más que uno de vida, se vuelve uno desconfiado y temeroso. Pero tienes razón: vosotros, en los que bulle la sangre joven, sois los que tenéis el futuro de nuestro pueblo en las manos.

Hubo una larga pausa.

Después, Huk, pasándose los brazos ideativos por la frente.

—¿Sabe cada uno el lugar que le corresponde en las espacionaves?

—Sí. La distribución ha sido hecha con tiempo y no existirá la menor confusión. Saldremos, si no disponéis nada en contra, dentro de dos horas. Luego, cuando lleguemos a esa galaxia, empezaremos a explorarla, dirigiéndonos hacia la parte que nos sea más propicia.

—¿Qué armas has dispuesto?

—Las únicas que tenemos, señor. Ya sabéis que hace muchísimo tiempo que no se fabrican otras. Fusiles y pistolas paralizantes: eso es todo. Pero no temáis; por muy potentes que sean los enemigos que eventualmente podamos

hallar, bastarán con nuestras armas.

—Está bien. Dispónlo todo, Tac. Prepararé mis cosas lo más rápidamente posible y saldremos a la hora señalada.

Cuando Tac hubo desaparecido, Sam-La pasó sus brazos-ideativos por las sienes de su padre. Aquélla era la forma del beso kumiano.

—¡Qué contenta estoy, papá!

—¿Te alegra el viaje, eh?

—¡Imagínate! Desde que nací, he vivido en estas semitinieblas, no viendo la maravillosa luz de nuestros dos pobres soles más que en las películas retrospectivas...

—Igual me ha pasado a mí.

—¡Pero ya ha llegado la hora de olvidar esta horrenda existencia! ¡Ya verás esos soles resplandecientes, que parecen puntitos brillantes desde aquí! ¡Plantas verdes! ¡Animales de todas clases! ¡Y luz, mucha luz!

La pequeña boca de Huk esbozó una sonrisa.

—Vamos a disponer las últimas cosas, pequeña...

* * *

Las pantallas televisoras de las dos mil espacionaves funcionaban en cada uno de los apartamentos familiares. Y allí reunidos, los hombres, mujeres y niños kumianos observaron el Sistema en el que habían nacido y vivido, perderse entre los puntos brillantes de las lejanas estrellas, desapareciendo, tal y como lo conocían, para siempre.

Quizá, de entre todos aquellos seres, sinceramente afligidos por haberse visto obligados a abandonar su mundo, la única persona que no experimentaba tristeza alguna era Sam-La, que, en compañía de otras muchachas jóvenes amigas, charlaba animadamente, sin preocuparse de las imágenes que desfilaban por el televisor.

Tac-La, la hermana del ingeniero astronáutico, lanzó una alegre carcajada.

—¿Sabéis en lo que he estado pensando?

Y ante la atención de las otras:

—He pensado que podemos encontrar seres horripilantes o hermosos como los de nuestra apariencia. He podido leer en los libros de la biblioteca de mi hermano que es posible la existencia de verdaderos monstruos, pero que también hallemos seres semejantes a nosotros.

—¡Cualquiera sabe!

—¿Por qué no? —intervino Sam-La—. Yo no he encontrado a nadie que me haya atraído entre los muchachos que nos rodean. Es posible que en otro planeta tenga más suerte.

—¿Serías capaz de enamorarte de un habitante de otro mundo?

—Si es como nosotros, ¿por qué no?

Tho-La, la tercera muchacha de la reunión, lanzó un profundo suspiro.

—Creo que no decís más que disparates. Ya veréis como no encontramos criaturas como nosotros en parte alguna. ¡Serán horribles los habitantes de esta galaxia, hacia la que nos dirigimos!

—¿Por qué estás tan segura?

—Es una intuición. ¿Qué puede existir tan bello como nuestra raza? Ya sabéis que nuestros astronautas recorrieron muchos mundos vecinos al nuestro... ¿Qué hallaron en ellos? Formas de vida primitiva y salvaje, seres que se devoraban entre sí, que se comían los unos a los otros. Vida elemental y cruel basta lo inconcebible.

—Eso no quiere decir que no haya otras criaturas tan civilizadas como nosotros...

—No lo creo. Cuando tu padre, Huk, habló antes de la marcha, dijo, lo recuerdo perfectamente, que nos dirigíamos hacia una galaxia joven, una parte del universo relativamente niña... ¿Qué clase de seres queréis encontrar en unos mundos que apenas si han empezado a vivir?

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Sam-La—, Hasta es posible que haya civilizaciones que avanzaron más aprisa que la nuestra. Es muy egoísta el pensar que seamos nosotros los primeros en todo. Lo encuentro decididamente «snob».

Tac-La puso una mueca de contrariedad.

—¡Eres una soñadora, amiga mía! Si tuvieses razón, nuestros hombres de ciencia nos hubiesen hablado de otras astronaves que hubieran surcado el espacio, demostrándonos la existencia de seres verdaderamente inteligentes. Hemos vivido no lejos de esta galaxia y jamás ha ocurrido cosa semejante. ¿Qué más pruebas quieres?

—No me sirven tus pruebas, querida —se obstinó Sam-La—. El que no vuelen por el espacio no demuestra absolutamente nada. ¿Y si no deseasen hacerlo?

—¡Qué tonta eres! Ninguna criatura inteligente, con medios al alcance de su mano, dejaría de salir de su mundo para visitar otros.

La llegada de Tac que apareció bajo el dintel de la puerta, cortó la animada conversación.

—Tu padre quiere verte, Sam-La —dijo.

—¿Por qué razón no me ha llamado por el intérfono?

—Te acompañaré yo.

La «cinta-sin-fin» del pasillo los condujo cómodamente hacia la parte anterior de la astronave, donde Huk y la joven tenían sus habitaciones particulares.

El viejo jefe de los kumianos estaba sentado ante un potente telescopio, como de costumbre.

Sonrió al ver aparecer a Sam-La.

—Te he mandado llamar, hija mía, para comunicarte que Tac ha encontrado lo que probablemente será nuestro Sistema.

El ojo frontal de la muchacha brilló intensamente.

—¿Es posible?

Tac asintió con la cabeza.

—Puedes verlo, si quieres, Sam-La.

La joven no se hizo repetir la invitación y acercándose al telescopio, pegó su único ojo al visor. Acercándose también, Tac se colocó junto a ella, mirando por otro visor, conectado al general por un prisma.

—¿Dónde es? —inquirió ansiosamente la muchacha.

—Fíjate en el centro del colimador —dijo Tac, a su lado—. ¿Ves aquella estrella tan brillante?

—Sí.

—Es el centro del Sistema. Se trata de una estrella joven, cuya duración será larguísima.

—¡Qué bella me parece su luz!

—En efecto. Seguro que alumbrará planetas donde sus rayos habrán animado formas sorprendentes de vida.

—¿Cuántos planetas tiene?

—Nueve. El último, apenas visible, está muy alejado del sol y no nos conviene, desde ningún punto de vista. Pero, mientras las otras espacionaves permanecen en su órbita, nosotros aterrizaremos en él para realizar análisis y hacernos una idea de la composición fisicoquímica del Sistema.

—¿En cuál nos quedaremos?

—En el que nos convenga más. Puedo decirte ya, Sam-La, que será uno que esté cerca del sol, no demasiado, ni tampoco demasiado lejos. Quizás el tercero o el cuarto.

—¡Qué estupendo!

Y contempló aquellos puntos brillantes, intentando prever su forma, su contenido... y un futuro que se le antojaba espléndido.

Se separó del aparato y pasó sus brazos-ideativos por el rostro de Tac.

—¡Cuánto te quiero, amigo mío! Sirvan estas caricias para demostrarte todo el agradecimiento que debe tener por ti el pueblo kumiano.

El ojo frontal del sabio parpadeó. La presencia de Huk impidió que, en aquella ocasión, se decidiese a decir a Sam-La lo que experimentaba por ella. Las caricias de la joven le turbaban hasta límites que jamás hubiese pensado.

Pero ella se alejó, colocándose junto a su padre.

—¿Sabes de lo que estábamos hablando con las amigas, papá?

—No, hija.

El ojo de la joven se entornó; luego, pasándose las palmetas terminales de sus brazos-ideativos por las sienes:

—¡Soñábamos! —exclamó —. Soñábamos en la existencia de seres bellos en los mundos que vamos a visitar.

Sin poderlo evitar, Tac se estremeció.

—¿Qué quieres decir, pequeña? —inquirió Huk.

—¡Queremos enamorarnos, papá! Enamorarnos de los hermosos habitantes de esta galaxia. Quizá, después de todo, sea una maravillosa suerte para todos; porque, ¿de qué mejor manera se puede demostrar la amistad hacia otras criaturas?

Huk sonrió.

—¡Qué cosas más peregrinas se os ocurren!

—¿Por qué?

—No sabría decírtelo, pequeña. Yo también me alegraría de que hallásemos a nuestros semejantes en estos mundos hacia los que nos acercamos. En el fondo, tu idea no es tan descabellada como parece: las formas vitales no han de ser, en el universo, diametralmente opuestas, sino seguir un plan lógico de homogeneidad. Pero, no obstante, las formas vitales y mentales pueden ser tan variadísimas como sorprendentes.

—Eso es lo más razonable —apuntó Tac.

Pero ella, moviendo negativamente la cabeza:

—¿Qué sabéis vosotros? Conjeturas, hipótesis, teorías... ¡Nada cierto!

—Eso es verdad —concedió Huk.

—¡Claro que es verdad! Verás como encontramos seres amigos, amables y civilizados como los kumianos. ¡Serán tan hermosos como nuestros más apuestos varones! Y con ellos formaremos una nueva raza, más fuerte y bella, más inteligente y capaz... ¡La raza que el cosmos está esperando para rendirse decididamente a ella!

—Hablas, hija mía, como un kumiano de hace cien siglos. Entonces, los sabios, a pesar de los adelantos conseguidos, seguían pensando en que nuestro Sistema era el centro del mundo, el más importante, el único que merecía existir. Luego, más tarde, tuvieron que rendirse a la evidencia y razonar más lógicamente.

»No, pequeña, no. Debe de haber muchas formas inferiores a las nuestras, esparcidas por el espacio; pero también podemos llevarnos la sorpresa de hallar seres más inteligentes que nosotros, que no tengan la misma forma ni la misma esencia. Para nosotros, pueden parecer monstruosos y, sin embargo, para ellos, ser los más hermosos del universo.

—¡Eso no puede ser! —protestó ella, con vehemencia—. ¡La belleza y la inteligencia, la bondad y la sabiduría, son inseparables! ¡No pueden concebirse separadas!

—Me parece oír la voz del pasado —dijo Huk—. Por eso —agregó, mirando a Tac, que estaba tremendamente serio—, dije antes que me sentía horriblemente cansado. Los jóvenes, a pesar de las experiencias que les hemos transmitido, cometerán los mismos errores que nosotros sufrimos en nuestra juventud.

Pero Sam-La no le escuchaba.

Pasándose los brazos-ideativos por las sienes, dejaba a su imaginación caminar por derroteros que aquellos dos hombres no hubiesen concebido jamás.

CAPÍTULO II



ESPUÉS de dejar a la totalidad de las espacionaves en la órbita del último planeta de aquel Sistema (los kumianos ignoraban que se trataba de Plutón), la astronave dirigida por Tac hendió la pobre atmósfera de aquel mundo, posándose al pie de una alta montaña helada.

Desde el interior de la nave del espacio, lanzaron una primera mirada sobre aquella tierra helada sumida en una semioscuridad tenebrosa.

—Tendré que salir—dijo Tac—. Nos interesa precisar algunos detalles para ir estudiando las dificultades que más tarde tendremos que salvar al establecernos en algún planeta más cercano al sol.

—Yo te acompaño —dijo Huk.

Tac no podía convencer al anciano y sabía que el jefe de los kumianos deseaba enterarse, por sí mismo, de la composición de aquellos mundos tan lejanos al que habían abandonado.

Una vez abrigados en los trajes espaciales y colocadas las escafandras transparentes, salieron por una de las puertas, dejándose caer blandamente en el suelo, seguidos por un grupo de servidores y sabios, que formaban la expedición.

Desde lo alto de la colosal espacionave, Sam-La, en compañía de sus amigas, miraba ávidamente aquel mundo, contemplando con envidia a los que ya se alejaban hacia la montaña junto a la que se había posado el navío del espacio.

Los expedicionarios avanzaban lentamente.

Con los aparatos especiales que empuñaban sus brazos-motores, los kumianos iban tomando muestras del terreno, que luego analizarían los cerebros electrónicos de la astronave. Al lado de Tac, Huk miraba con curiosidad en derredor suyo.

—¿Qué te parece? —inquirió, sirviéndose del telecomunicador.

—Es un mundo helado. Pasarán muchos milenios antes de que sea

habitable.

—Sin embargo, el calor interno es grande —intervino uno de ello.

—Eso demuestra que es un planeta que aún ha de nacer. Cuando el sol vaya aumentando de tamaño, como ha de hacerlo forzosamente, absorberá los planetas próximos, y todos estos mundos lejanos empezarán a vivir, porque la luz de su sol llegará a ellos con una potencia inusitada.

—Entonces —inquirió uno de les acompañantes —¿no encontraremos vida aquí?

—Es lo más probable.

Fue entonces, en aquel preciso instante, como si aquel mundo desease contrariar la hipótesis de Tac, cuando una especie de criatura blanca, que andaba ora sobre sus cuatro extremidades, ora sobre dos, se detuvo ante ellos, observándoles con una curiosidad primitiva.

Se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Luego, Tac, el más sereno de todos, enfocó su cámara televisora hacia allí, tomando las primeras impresiones de aquel ser.

No era muy alto, pero la forma de la mandíbula, dotada de agudos dientes, demostraba su calidad de carnívoro.

—¡Cuidado! —rugió uno de ellos.

En efecto, el ser blancuzco —que como vieron después no lo era del todo, se había lanzado hacia Huk, que estaba destacado de los demás, con las garras fuera, dispuesto a destrozarlo allí mismo.

Tho, el jefe de la guardia de la expedición, disparó su pistola paralizante y el animal, herido en plena carrera, se detuvo; pero sólo unos instantes, como atontado, volviendo a lanzarse hacia el jefe de los kumianos, con una ferocidad duplicada.

Sin dudarlo y dándose cuenta de que los proyectiles tetanizantes no eran lo eficientes que pensaban todos, Tac lanzó su pesada cámara contra el animal, que cayó con la cabeza destrozada.

Luego se acercó a Huk.

—¿Ha sufrido algún daño, señor?

—No. Gracias, Tac.

Y después de una pausa, cuando se habían acercado para contemplar el curioso ejemplar:

—¿Cómo es que nuestras armas paralizantes no han servido para detener a esta criatura?

—Porque son formas nuevas de vida. Nosotros, los kumianos, somos una raza tremendamente vieja y nuestra vitalidad no puede compararse con la de estos seres. Creo, señor, que tendremos que volver a fabricar las antiguas armas, si queremos defendernos con eficacia.

—Así lo haremos.

Tac le puso una mano en uno de los brazos-motores:

—¿No os parece que lo mejor sería regresar a la astronave, señor? Si hay otras criaturas como ésta, no podremos hacerles, frente.

—Creo que tienes razón, Tac.

Y se volvió de espaldas al animal blanco, junto a los otros, disponiéndose a alejarse de allí.

Nadie se dio cuenta.

La cabeza de la criatura blanca, casi totalmente destrozada momentos antes, SE HABÍA RECOMPUESTO POR COMPLETO, desapareciendo las heridas profundas que le había causado la cámara televisora de Tac.

Entonces, antes de lo que tarda en decirse, el ser de Plutón saltó, describiendo una parábola fantástica, para terminar cayendo sobre las espaldas de Huk, al que acababa de reconocer como su anterior presa.

Sus cuatro extremidades se afianzaron, merced a las garras de que estaba dotada cada una de ellas, al cuello y cabeza del viejo kumiano, aplastando y desgarrando el tenue material del que estaba hecha la campánula transparente que lo protegía.

Un agudo grito de dolor brotó de la garganta de Huk.

El frío glacial de Plutón penetró por la escafandra abierta, hiriendo su piel como un centenar de cuchillos; pero, además, las garras de aquella extraña criatura blanca se encargaban, por su parte, de abrir surcos profundos en la piel del kumiano, al que empezó a devorar casi en seguida.

Paralizados por el terror, los miembros de la expedición dieron un paso hacia su desdichado jefe; pero la voz de Tac llegó hasta sus oídos en aquel momento:

—¡Todos a la espacionave! ¡Aprisa!

Le miraron, como si no diesen crédito a sus oídos; pero, al levantar la cabeza y ver que Tac corría, empuñando la pistola paralizante, comprendieron la urgente necesidad de obedecerle.

Medio centenar de aquellas furiosas bestias blancas corrían hacia ellos. Cuando la que mató a Huk abrió la carne de éste, el olor de sangre, tan extraño en aquel planeta como la luz del sol, había atraído a sus congéneres,

que venían dispuestos a tomar parte en el banquete.

Pero, al ver que las presas eran numerosas, sus instintos de rapiña desaparecieron, siendo substituidos por los de caza. Y se lanzaron, describiendo aquellas formidables parábolas, como acróbatas consumados, para terminar cayendo sobre las espaldas de los aterrorizados kumianos.

La suerte para Tac fue el haber cogido una pequeña ventaja sobre los miembros de la expedición. Desde el preciso instante en que vio cómo la criatura blanca atacaba a Huk, comprendió que las armas que llevaban no les iban a permitir evitar la dolorosa muerte del jefe.

Quizá, en el fondo, jugase también un importante papel en su conducta la falta de hábito para la lucha. Hacía, miles y miles de años que los kumianos no conocían el combate, y hacía también milenios que dejaron de fabricar armas ofensivas. Las que poseían estaban destinadas, exclusivamente, a sus astronautas, que habían recorrido los planetas del sistema de los dos soles gemelos.

Tac corrió cuanto pudo, cubriendo la distancia que le separaba de la astronave en el menor tiempo posible. Sabía que todo, incluso el éxito de la emigración, que acababa de empezar, dependía de su presencia y de sus consejos técnicos.

Pero además, por encima de las consideraciones de tipo racial, Tac sentía, como nunca lo había experimentado, un terror que rayaba en el pánico.

Justamente, la bestia blanca que le perseguía iba disminuyendo la distancia que los separaba, por momentos. Sus poderosos saltos parabólicos eran verdaderamente estremecedores...

Por último, al verse ya junto a la espacionave, en cuya plataforma externa habían aparecido unos cuantos kumianos, armados de poderosos rifles paralizadores, gritó por el telecomunicador:

—¡Disparad! ¡Disparad!

Aquello le salvó.

La descarga de todas aquellas armas, al ser concentradas, atontaron a la criatura blanca, que cayó desvanecida en el suelo.

Tac llegó, casi sin respiración; luego, volviéndose y señalando al plutoniano:

—Cogedle y encerradle, antes de que vuelva en sí, en la cámara de investigaciones.

Momentos más tarde la espacionave hendía el espacio.

Tac, después de quitarse el traje espacial, tomó una buena dosis de bioenergético.

Lo necesitaba.

Así, cuando Sam-La irrumpió en su cámara, con los ojos desorbitados, pudo escuchar serenamente las primeras frases duras que le dirigió la muchacha.

—¿Por qué los has abandonado? ¿Y mi padre? ¿Por qué has ordenado que la nave del espacio abandonase ese mundo helado?

—El Gran Huk ha muerto. Tú le sucedes, Sam- La; si deseas castigarme, por una falta que no he cometido, puedes hacerlo.

Ella permaneció inmóvil, mirándole con su único ojo frontal, del que no podía obtener, como ningún kumiano, el consuelo de las lágrimas. Pero, para expresar su dolor, balanceaba frenéticamente las palmas terminales de sus brazos-ideativos, produciendo un sonido que para aquellos seres eran como sollozos.

Con la mirada de su ojo frontal fija en el suelo de la estancia, Tac relató la horrorosa aventura que acababa de pasar. Ella le escuchó en silencio, dejando de «sollozar», escuchando atentamente las palabras de él.

—Eso es todo, Sam-La.

Ella cerró, convulsamente, las manos de sus brazos-motores.

—¡Hay que acabar con este estado de cosas! ¡Volveremos a fabricar armas poderosas que den la muerte!

El kumiano no dijo nada; pero una especie de triste sonrisa entreabrió sus delgados labios.

—¡Voy a reunir el Consejo! Comunica a las otras espacionaves que se concentren los ancianos en sus respectivas salas. Haremos la reunión por televisión.

—Será la primera vez, Sam-La. ¿No puedes esperar a que nos posemos en el próximo planeta?

—¡¡No!!

Tac se inclinó ligeramente; luego, sin decir nada más, salió de la estancia, dirigiéndose hacia la sala de comunicaciones, donde escribió el mensaje dirigido a los ancianos que viajaban en cada espacionave.

Más tarde se reunió con Sam-La que, en compañía de los dos ancianos que iban junto a ellos, esperaba en la sala principal de la astronave.

—¿Has avisado a todos?

—Sí.

Ella asintió con la cabeza y oprimió un botón del cuadro de mandos que

tenía junto a sí. Una descomunal pantalla de televisión se iluminó ante ellos, dividida en muchas partes, que reflejaba cada una un salón semejante en los otros navíos del espacio. Gracias a un mecanismo ingeniosísimo, la imagen central se ampliaba, correspondiendo al que hablaba en aquel momento.

Sam-La se irguió sobre su asiento.

—Todos sabéis —empezó a decir—, que Huk, el Gran Huk, como todo le llamábamos, ha muerto. Quiso, cumpliendo con su deber, formar parte de las vanguardias que exploraban este nuevo Sistema al que el destino nos ha dirigido.

»¿Es eso prueba de que la mala suerte comienza a aparecer, como respuesta a nuestra audacia? No. Lo que ha ocurrido, sencillamente, es que los kumianos habíamos olvidado el pasado. Y, como acabamos de ver, no conviene olvidarlo. Arrastrados por nuestros avances en materia de civilización, hemos llegado a creer que la violencia no existía en el cosmos. ¡Y hemos emprendido la más audaz aventura de nuestra historia... armados con fusiles y pistolas tetanizantes!

»Si no fuese porque la fatídica aventura, de ese primer planeta ha costado la vida a unos cuantos de nuestros mejores, la cosa llegaría a ser hasta cómica. Pero la experiencia ha sido demasiado dolorosa y hemos de sacar de ella las prevenciones que impidan que se repitan.

»Yo sé que vosotros, forjadores de nuestra maravillosa civilización, la habéis basado en el reino de la paz y de la concordia. Pero, ante los luctuosos acontecimientos que acabamos de sufrir, hemos de olvidar, hasta que hayamos conseguido establecernos en un mundo a nuestra medida, muchas de las cosas en las que hemos creído demasiado. Urge, amigos míos, la fabricación de armas potentes, que nos permitan avanzar en este Sistema, sin tener que sufrir el acoso de criaturas que viven en épocas primitivas y que nos atacarán sin remedio.

»Eso es todo.

Las pantallas parciales, así como la total, se apagaron al unísono, y la que surgía de un altavoz, conectado con todas las astronaves, se dejó oír:

—Vamos a deliberar, Sam-La. Dentro de una hora tendrás la respuesta.

La muchacha bajó de su asiento y se acercó a Tac.

—Perdona lo que te dije antes, amigo mío; pero, compréndelo.

—No tiene importancia. Sam-La. Comprendo perfectamente tu dolor, Hice cuanto pude por salvar a Huk; pero nuestras armas no sirvieron para nada.

—¿No capturasteis a una de esas extrañas criaturas?

—Sí. La mandé al laboratorio para estudiarla.

—Vamos, quiero verlo.

En el laboratorio, Rhi y Lew, los dos biólogos, examinaban a la criatura blancuzca, encerrada detrás de una gruesa pared de «plastic».

—Tiene un cierto aspecto humano.

Lew se acercó a ellos.

—Es un humanoide, en efecto, Sam-La. Un humanoide primitivo, de talla mediana y fuerte prognatismo.

Tac lo miraba en silencio.

—No me equivoqué al pensar que ese mundo estaba preparando lentamente su nacimiento.

—¿Por qué dices eso?

—Porque este ser es el antecesor de los que luego serán los dueños de ese mundo, hoy helado, pero mañana resplandeciente como el que más.

Sam-La miró a la criatura con curiosidad.

—¿Es posible que eso... pueda llegar a ser como nosotros?

—Es posible.

—¿Pero no ves que no tiene más que dos brazos?

—Naturalmente; son los brazos-motores. Los ideativos aparecerán más tarde, en fases más avanzadas de la evolución. Estoy seguro de que si encontramos seres inteligentes en este Sistema, tendrán brazos-ideativos, como nosotros.

—¿Y los ojos? ¿No te has fijado que esa horrible criatura tiene dos?

—También es prueba de su inferioridad. Necesita dos ojos para darse cuenta del relieve de las cosas. Nosotros lo hemos logrado al fundir las funciones óptica e imaginativa.

Lew se acercó a ellos.

—Según me han informado, Tac, tú mataste a uno de estos seres con la cámara tomavistas.

—Es verdad. Por eso cogí ésta. Estoy seguro de que la cabeza del otro estaba completamente aplastada. La confianza en que había muerto nos hizo volver la espalda. Fue entonces cuando atacó a Huk...

—¿Quieres que probemos esa extraordinaria particularidad con éste?

—Sí.

—Lanzaremos un peso sobre su cabeza Veremos lo que ocurre.

Sam-La se aproximó a la pared de «plastic». Una emoción la embargaba.

De repente, algo se desprendió de la parte superior de la «jaula», cayendo sobre la criatura blanca. Ésta no pudo hacer nada por evitar que el objeto metálico le golpease en la cabeza.

Se desplomó como herido por un rayo.

—¡Sale sangre! —exclamó la muchacha.

—Eso quiere decir que estos seres no están tan alejados de nosotros como podíamos pensar. Deben poseer una constitución análoga a la nuestra.

—¡Fíjate, Tac!

Sam-La había apresado el brazo del joven con uno de los suyos, clavando nerviosamente las uñas en la ropa de su amigo.

Éste miró al plutoniano.

El espectáculo era ciertamente fascinador.

Las contusiones de la cabeza iban desapareciendo rápidamente y, al cabo de unos minutos, no muchos, la anatomía se había recuperado por completo. El plutoniano no tardó en levantarse.

—¿Cómo explicar eso? —inquirió la muchacha.

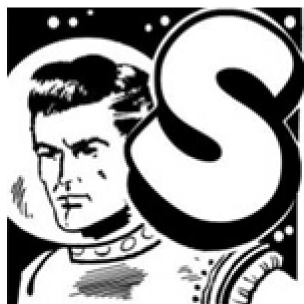
Lew, que estaba junto a ella, repuso:

—Son elementales —dijo—; tan elementales que poseen el poder de regenerar las partes mutiladas. A medida que vayan evolucionando y complicándose, se harán como nosotros, sensibles a las mutilaciones y a las heridas, que ya no serán reversibles.

Tac se volvió de espaldas.

—Podéis matarlo —dijo —y estudiar su estructura. Debemos ir conociendo la biología de los habitantes de este Sistema.

CAPÍTULO III



AM-LA se paseaba impacientemente por el salón, lanzando de vez en cuando miradas ansiosas a la pantalla monumental de la televisión.

Tac, no lejos de la muchacha, estaba sentado, meditando profundamente.

Ella se detuvo ante él.

—¿Qué crees que pasará, amigo mío?

—No lo sé. Los ancianos tienen mucha más experiencia que nosotros. Todos ellos frisan en el milenio...

—¡Me comen los nervios!

—Domínate, Sam-La. Pase lo que pase, tendrás que obedecer lo que ellos digan.

—Ya lo sé. ¡Pero no quisiera que, llevados por su amor a la paz, nos negasen el fabricar armas ofensivas para defendernos! ¿Qué haríamos sin ellas en este Sistema que ha empezado a mostrarse tan hostil? Porque nuevos peligros nos acosarán; de eso estoy completamente segura...

Tac fue a decir algo; pero la iluminación brusca e inesperada de la pantalla le hizo enmudecer.

En el rectángulo iluminado apareció la faz noble de un anciano: era Sho, el que asumía la presidencia del Consejo.

—Ya hemos meditado, Sam-La.

—¿Cuál es vuestra opinión?

—La siguiente: en vista de los hechos acontecidos en el primer planeta visitado de este Sistema, autorizamos la fabricación de armas mortíferas...

La muchacha sonrió, dichosa.

—Pero —prosiguió diciendo el kumiano—, en cantidad limitada y nunca mayor de diez. Esas armas, cuando no se necesiten, serán encerradas, bajo llave, en la astronave principal. La llave estará en poder del Consejo de Ancianos, que la entregará cada vez que se necesite, pero siempre que se

pueda demostrar esa necesidad.

»Por otra parte, desautorizamos el aterrizaje en otros planetas, consintiendo uno solo antes de posarnos definitivamente en el qué elijamos para establecernos. Eso es todo, Sam-La.

La imagen se borró inmediatamente.

Durante unos minutos, Sam-La permaneció en silencio; luego, mirando al joven Tac:

—¿Qué te parece?

—Esperaba algo semejante.

—¡Es absurdo! ¿Por qué esos temores ridículos a fabricar armas?

—Es natural. Las armas modifican la psicología de los seres que las manejan. Los vuelven primitivos, crueles y les hacen olvidar que son como los demás. Se tornan autoritarios, caprichosos, engreídos. Hasta que, apoyados por la potencia que se les ha confiado, llegan a ser ambiciosos. Entonces se produce lo peor, porque se consideran capaces de apoderarse del poder.

Ella le había escuchado atentamente.

—Todo eso está bien, Tac; pero no me vas a decir que puede ocurrir tal monstruosidad en los kumianos. Somos una raza demasiado evolucionada para que volvamos a caer en las debilidades de un lejano pasado

—Es más fácil retroceder que avanzar —sentenció Tac.

La llegada de uno de los pilotos les interrumpió.

El recién llegado saludó a Tac.

—Nos estamos acercando a un nuevo planeta, señor.

—¿Han estudiado sus características?

—Sí. Éste, como los dos que le siguen, están aún muy alejados del sol de este Sistema. Sus suelos deben ofrecer el mismo aspecto que el otro que visitamos. Hay uno que posee un bello anillo, formado por millones de minúsculos satélites; algo así como polvo cósmico, que ha debido de resultar de la explosión de algún satélite importante.

Tac miró a Sam-La.

—¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras. Ya has oído las órdenes del Consejo.

El joven se volvió al piloto

—¿Qué hay detrás de estos tres planetas?

—Uno enorme, gigantesco, desde el que puede estudiarse el resto del

Sistema.

—Aterrizaremos en él. Tenemos el permiso del Consejo para hacerlo. Desde su superficie podremos escoger uno de los otros: el definitivo.

—Está bien, señor.

—¿Cuándo llegaremos?

—Dentro de unas seis horas.

—De acuerdo. Dispóngalo todo para el aterrizaje general. Voy a ordenar la pronta fabricación de esas diez armas mortíferas y formaremos una patrulla, que será la única autorizada para desembarcar.

Cuando el piloto hubo desaparecido, la muchacha se acercó a Tac.

—Yo iré con ellos.

—¿Con quién?

—Con los que salgan a la superficie de ese planeta.

—Lo considero una locura, Sam-La.

—Es una orden.

—Está bien. Yo también iré contigo.

—Te lo agradezco.

* * *

Las espacionaves, en correcta formación, giraron alrededor de Júpiter, manteniéndose en una órbita preestablecida, mientras los cerebros electrónicos realizaban los cálculos necesarios para preparar el aterrizaje general.

En la cabina de mando, Tac preparaba todo, acudiendo de un aparato a otro y comunicando los datos, a medida que los conocía, a los puestos de mando de las otras naves del espacio.

No lejos de él, Sam-La observaba la masa enorme del planeta, que giraba vertiginosamente ante su ojo frontal. Las nubes —rojas a veces, pardas otras—, le impedían ver la superficie de aquel mundo que, por las dimensiones, le parecía el más colosal de cuantos había estudiado.

Tac se acercó a ella

—Podemos descender en cuanto lo ordenes.

—¿No hay peligro?

—No. La fuerza de atracción me parecía, al principio, ciertamente colosal, debido al tamaño de este astro; pero, al parecer, es mucho menor de lo que temíamos.

—¿Por qué?

—Porque es poco denso. Su interior debe de estar formado por cuerpos en estado gaseoso. Eso nos permitirá poder reconocer el planeta.

—¿Nos quedaríamos si nos conviniese?

—No nos convendrá. Está demasiado alejado del sol.

El piloto les interrumpió y dirigiéndose a Tac:

—Ya está todo dispuesto, señor.

—Dé la orden, entonces.

Una a una, empezando por la principal, las espacionaves se lanzaron hacia abajo, atravesando el mar de nubes que les separaba del planeta. En cuanto las hubieron dejado atrás, Sam-La y Tac, desde su privilegiado observatorio, contemplaron aquellas salvajes montañas, aquellos densos bosques, formados por plantas gigantescas, semejantes en todo a desmesurados helechos.

—¡Aquí hay vida! —exclamó la muchacha, entusiasmada.

—Sí, pero, por lo que veo, vida elemental, aunque mucho más avanzada de la que hallamos en el primer planeta del Sistema.

Las espacionaves sobrevolaban grandes extensiones de terreno idéntico al que habían visto desde el principio. Finalmente, las montañas parecieron perder altura, resolviéndose en ondulantes colinas. Por todas partes, hasta cerca de los nevados picos, la vegetación era idéntica.

—Es raro —dijo Tac.

—¿El qué?

—Este dominio de lo vegetal.

Se volvió hacia el piloto.

—Efectúe el aterrizaje en el primer calvero que descubra. Naturalmente, ha de ser lo suficientemente grande para todas las naves kumianas.

No tardaron en descubrir una especie de isla grisácea sobre la que no había el menor vestigio de vegetación. Inclinándose, la principal se decidió a tomar tierra, seguida inmediatamente por el resto de la fabulosa flota kumiana

Media hora más tarde, siguiendo las instrucciones de Tac, la totalidad de las espacionaves, formando un círculo cerrado, se habían posado, dejando a la principal en el centro geométrico de aquel dilatado círculo.

Fueron llegando los «sin novedad» de las otras naves.

Permanecieron largo tiempo en observación, grabando todos los detalles que las «pinzas exploradoras» —especie de dragas que salían de los costados de las espacionaves y que tomaban porciones de materia del suelo y que, automáticamente, eran analizadas por los mecanismos del interior.

Tac abandonó el observatorio y descendió, por uno de los ascensores, hasta los laboratorios, esperando allí que los especialistas fueran dándole las conclusiones obtenidas en los analizadores electrónicos.

—La atmósfera no es completamente normal —dijo uno de ellos—. Hay una presencia de gas metano en cierta cantidad. Tendrán que utilizar las escafandras, señor.

—Muy bien. ¿Qué más?

—El suelo está compuesto de arcilla y sílice. No ofrece ninguna anormalidad, aunque, en esta parte, no parece apto para la vida.

—Ya obtendremos muestras de los bosques de helechos. Es curioso, no obstante, que la vegetación se detenga tan bruscamente a orillas de esta especie de desierto. ¿Han calculado sus dimensiones?

—Sí. Tiene seis kilómetros de largo por dos de ancho.

—Perfectamente.

Salió, dirigiéndose directamente a la parte superior de la espacionave. Allí estaba situado el observatorio astronómico.

—Deseo —dijo al jefe astrónomo —que se hagan rápidas observaciones en los planetas interiores. No vamos a permanecer aquí mucho tiempo y ya conocen la decisión del Consejo.

—Está bien, señor. Prepararemos el informe lo antes posible. Comunicaré con los observatorios de las otras astronaves, de forma a trabajar aunadamente.

Sam-La le esperaba en el salón central

Dejó que él le informase de todas las medidas adoptadas; después:

—¿Cuándo salimos, Tac?

Él hizo un gesto de contrariedad.

—¿Sigues empeñada en salir, Sam-La?

—Sí.

—Está bien. Voy a disponer el equipo y rogar al Consejo que nos entregue las amas que hemos fabricado. Seremos diez y todos iremos armados.

—¿Qué clase de armas se han hecho?

—Fusiles desintegradores, capaces de disolver doscientos kilos de materia.

—Es decir, que con las diez armas podemos atacar a una criatura que pese dos mil kilos.

—Eso es. Aunque, en realidad, si disparas contra la cabeza, con un solo fusil tendrás suficiente.

—De acuerdo. Voy a ponerme el traje espacial. Estaré dispuesta dentro de diez minutos ¿Dónde me esperáis?

—En la compuerta principal.

Minutos más tarde, Tac, con los ocho miembros de la expedición esperaba, junto a la compuerta principal, la llegada de la muchacha.

Ésta se presentó en seguida.

Retiráronse los empleados de aquella puerta, después de revisar los equipos de los expedicionarios. Instantes después grandes orificios ponían en comunicación la estancia terminal con el medio ambiente de Júpiter. El gas metano penetró, silbando por ellos, hasta establecer la presión externa sobre los kumianos.

Luego se abrió la puerta.

Una rampa emergió de la parte baja de la astronave, deslizándose hasta llegar al suelo.

A un gesto de Tac, que iba en cabeza, salieron todos.

Miles de ojos frontales les seguían desde las ventanas de la flota de espacionaves colocadas en circulo. Ellos, apretando el paso, salieron de aquella formación, recorriendo el terreno, fuera del campamento que habían establecido en aquel gigantesco planeta.

El suelo del desierto correspondía exactamente al resultado de los análisis realizados. Era arcilloso, pero tremendamente duro. Por otra parte, los movimientos de los expedicionarios se veían retardados por la fuerza gravitatoria que, aunque no tan grande como hacía pensar la dimensión de aquel astro, era superior a lo que ellos estaban acostumbrados.

Después de una caminata bastante fatigosa, llegaron al lindero del inmenso bosque, que parecía reinar sobre las tres cuartas partes de Júpiter. Las plantas, de tipo primitivo y de un color parduzco, que desde las astronaves, debido a la reflexión de la luz, habían parecido verdes, eran altas, densas de follaje y gruesas de tronco.

—No son como las que nosotros conocemos —dijo Tac, sirviéndose del telecomunicador—. El metano les impide fabricar clorofila.

—¿Cómo viven entonces?

—Deben de poseer un metabolismo anaerobio, como el de ciertas bacterias.

—¡Son verdaderamente gigantescas!

—Sí. Eso demuestra que deben de ser los únicos seres vivos de este mundo. Contra lo que yo pensaba, después de la visita al primero de los planetas de este Sistema, la vida no lleva aquí un sentido evolutivo completo. Si así fuera, hubiésemos encontrado aquí una botánica más avanzada y hasta seres con cierto desarrollo e inteligencia. Pero esta forma de vida que tenemos ante nosotros es elemental y negativa

—¿No será por el metano que contiene su atmósfera?

—Es casi la solución única a nuestras preguntas. Este planeta está condenado a orientar sus formas de vida de manera muy distinta a las que parecen regir los otros mundos. Si, como es de esperar, se desarrollase aquí una verdadera evolución, con un final inteligente, jamás aparecerían seres semejantes a nosotros...

Sam-La, que se había adelantado los llamó con urgencia.

Acudieron todos.

—Fijaos —dijo la muchacha—. ¿Qué es esto?

Una gran extensión de plantas estaba completamente destrozada. Pero, lo verdaderamente curioso es que parecía haber sido COMIDA por alguien.

Aquélla fue la conclusión a la que llegó Tac mentalmente.

—Es formidable —dijo—. Aparentemente, parece un mordisco gigantesco...

—Es imposible —dijo Sam-La—. ¿Puedes imaginarte a ALGUIEN capaz de destrozar, de un mordisco, cerca de cien metros cuadrados de plantas?

Tac guardó silencio.

—Además —insistió la joven—, si tal cosa fuese cierta, se verían las huellas que el animal dejase. Porque, indudablemente, debía haber caminado, destrozando grandes espacios con sus pisadas.

—Eso es cierto —admitió el kumiano.

Examinaron detenidamente aquel fenomenal destrozo y uno de ellos; después de reflexionar:

—Debe de ser el producto de una corrosión producida por el aire cargado de gases activos.

—¿Una corrosión tan limitada? —inquirió Tac, con un tono de franca

incredulidad en la voz.

—Eso es lo que me extraña más —dijo Sam-La.

Pero otro de los exploradores, que examinaba detenidamente una de las plantas destrozadas, les llamó la atención.

—Mirad esto —dijo.

Un líquido viscoso pendía de una de las enormes hojas pardas, casi totalmente arrancada de cuajo.

—¿Qué puede ser eso? —inquirió Sam-La.

—Parece baba —opinó Tac.

Y después de un corto silencio:

—Podemos saberlo en seguida.

Y ordenó a uno de ellos que tomase una cierta cantidad y volviese a la espacionave para que la sustancia fuese analizada.

—Comunícanos el resultado desde allí —dijo—. No hace falta que regreses.

Ellos continuaron la exploración, encontrando, un poco más allá, otras áreas igualmente destrozadas y repletas de aquella sustancia viscosa.

—¿Estás seguro de que se trata de una baba? —inquirió la muchacha, acercándose a Tac.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque podría ser la savia de estas mismas plantas.

—Eso lo vamos a ver en seguida.

Se acercó a una de las plantas y después de haber desenfundado su cuchillo eléctrico, que estaba conectado a los acumuladores que llevaba en la cintura, cortó por la mitad una de las hojas que estaban enteras.

UN AULLIDO ESTREMECEDOR LE HIZO RETROCEDER VIVAMENTE...

Sin embargo, la sustancia que brotó de la hoja no tenía semejanza alguna con la baba que se habían llevado para analizar. Era algo marrón, espeso, lo que caía de la herida que había abierto Tac con su cuchillo.

Pero ninguno de los expedicionarios examinó aquel líquido.

El alarido les había hecho retroceder vivamente, aprestando los fusiles desintegradores y mirándose los unos a los otros, con el espanto retratado en sus rostros.

Casi de inmediato, las grandes hojas de todas las plantas vecinas

empezaron a moverse bruscamente, EXHALANDO GRITOS ININTELIGIBLES; que poseían un tono de protesta colérica indudable.

Una de las hojas, que se balanceaba tremendamente, acertó a golpear a uno de los expedicionarios, qué cayó al suelo, con el cuerpo terriblemente mutilado.

—¡Huyamos! —rugió Tac.

Y al hacerlo, empezó a disparar contra las plantas que se oponían a su paso. Los fusiles desintegradores llenaron el aire de sus estampidos horrísonos.

Abriéndose paso, los expedicionarios no dejaron de disparar. Y a cada disparo, las plantas heridas lanzaban gritos espeluznantes, moviendo frenéticamente las ramas sus compañeras, como si desease, en su tremenda inmovilidad vegetal, destrozar a los que tan cruelmente se ensañaban con ellas.

Al llegar a la linde de aquel fantástico bosque, Tac y sus compañeros se detuvieron, respirando con dificultad, ya que sus movimientos estaban dificultados por la mayor gravitación de Júpiter.

Sam-La se había dado cuenta de que el kumiano que había caído estaba muerto y que nada se pudo hacer por él. Por eso no dijo nada.

—¡Son seres inteligentes! —exclamó Tac, aún sobrecogido por el terror pasado.

—Todavía tiemblo de esos aullidos horribles —dijo la muchacha.

—Hay que abandonar inmediatamente este planeta—dijo el otro—. No sé si tendremos suerte en este Sistema. Me pesa el haber dirigido al pueblo kumiano hacia aquí.

—No seas tan pesimista —dijo la muchacha—. Estos mundos están alejados del sol y es natural que las formas de vida sean en ellos primitivas y extrañas.

—¡Ojalá no te equivoques, Sam-La!

CAPÍTULO IV



STABAN aún bastante lejos de las astronaves cuando el intercomunicador de Tac sonó en su oído.

Pulsando la palanca, el joven kumiano se puso en comunicación con la principal.

—¿Diga?

—¿Les ha ocurrido algo? Hasta aquí han llegado las vibraciones de los fusiles desintegradores.

—Sí. Hemos perdido a Kak, uno de los nuestros.

—¿Hay enemigos a la vista? ¿He de dar la alarma, quizá?

—No, no es necesario. Se trata de las plantas que hemos visto cubrían la casi totalidad de la superficie del planeta. No pueden moverse y no nos perseguirán.

—Perfectamente. El Consejo se ha reunido y me alegro de poder comunicarles que, fuera de la desgracia acontecida a Kak, no ha ocurrido nada a la joven Sam-La.

—No. Está perfectamente.

Hubo una corta pausa.

—Hemos analizado la sustancia que nos trajo Tho.

—¿Y bien?

—Se trata de la secreción de las glándulas de un ser vivo; algo semejante a la saliva kumiana, pero de distinta composición.

—Me lo imaginaba. Creo que lo mejor será abandonar este planeta cuanto antes. ¿Qué se sabe de los otros mundos interiores?

—Parecen muy buenos. Sobre todo, el Tercero y Cuarto. El Consejo está deliberando, con los datos que los astrónomos les han proporcionado, sobre cuál será definitivamente el elegido.

—Muy bien. Vamos hacia allá.

Se volvió hacia Sam-La, a la que explicó lo que acababa de oír, ya que era él el único que poseía intercomunicador.

Ella asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Tac. Abandonemos este horrible mundo, lleno de monstruosidades. ¡Si supieras cuánto deseo estar ya en un planeta, donde nos establezcamos para siempre!

Tac no dijo nada, limitándose a hacer un gesto afirmativo con la cabeza y empezar a andar delante del grupo, camino a las espacionaves.

Pensaba.

Hacía muchísimo tiempo que pensaba. Mucho tiempo, desde que había estudiado los principios generales de la vida en el Cosmos. Lo había leído en libros antiguos, que no habían sido pasados a las cintas magnetofónicas de los tiempos modernos, barridos por una censura que el Consejo había hecho extensiva a todo lo antiguo.

¿Por qué?

¿Cuántas veces se había preguntado aquello?

Los libros hablaban del curso de las civilizaciones, marcando un FINAL, que nada ni nadie podía salvar.

«Cuando —decía uno de aquellos libros —el Sistema donde ha nacido una raza llega al FINAL, nada puede hacerse sino aceptarlo como algo superior a nosotros. La desaparición de los elementos que sirven de alimentación y sustento a una raza, marca el final de los tiempos. Escapar a ellos sería tan inútil como querer huir a la muerte...»

Entonces, ¿por qué los kumianos deseaban huir de su planeta, con sus cuatro soles que se extinguían, como una muestra de aquel insondable misterio del destino de la raza?

«Puede ocurrir —decía el mismo libro —que la soberbia de una raza se rebele contra el final. Gracias a medios técnicos, la raza querrá escapar al FINAL DE LOS TIEMPOS; pero de nada le servirá. Porque, al huir del tiempo que termina, abocará, fatalmente, al FINAL DEL ESPACIO. Y todas las puertas cósmicas se le cerrarán, porque nada ni nadie puede escapar al FINAL, que es su destino.»

¿Sería completamente inútil aquella gigantesca expedición?

¿No hallarían jamás un mundo donde la raza kumiana pudiese empezar de, nuevo?

Y Tac, el hombre que se había atrevido a leer aquellos libros y que los

conservaba escondidos, se estremeció al imaginar la inutilidad de todos los esfuerzos que su raza realizaba para escapar al FINAL DE LOS TIEMPOS.

Por otra parte, ¿qué significaría exactamente EL FINAL DEL ESPACIO?

No se le escapaba que aquella expresión estaba escrita EN SENTIDO FIGURADO. El espacio era FINITO, pero ILIMITADO; nunca se podría llegar a su final, PORQUE EL ESPACIO NO TENÍA FIN (1).

Suspiró profundamente.

Las espacionaves estaban ya a la vista y, sin poder evitarlo, se sintió emocionado al verlas, alineadas en círculo. Allí estaba la raza, con toda su magnífica presencia, todo su entusiasmo, todo su deseo de escapar, de volver a empezar, de SER...

Le parecía sencillamente horroroso que una raza tuviese que extinguirse, después de cientos de milenios de esfuerzos, tras haber realizado la más maravillosa de las aventuras, desde los tiempos en que los kumianos no eran más que seres semisalvajes, con el cuerpo cubierto de pieles, luchando por descubrir el fuego y por saber emplear las manos... hasta conseguir la estupenda civilización que había hecho posible aquella huida.

Se mordió los labios, odiando, en aquel momento, los libros que había leído y que tanto habían influido en su manera de ser. Nunca osó decir a los demás la verdad oculta en aquellas páginas, que el tiempo había tornado amarillentas. Además, si lo hubiese dicho a alguien, le hubieran temado por loco... o por algo peor.

—¿Qué te ocurre, Tac?

Él se volvió, sorprendido; ante la voz de ella. Se percató entonces de que Sam-La había anudado uno de sus brazos-ideativos a uno de los suyos, percatándose así de su estado deprimente de espíritu.

Estuvo él tentado —¡otra vez más! —de decirle todo lo que la amaba; pero, como siempre, la singular barrera que los separaba le frenó por completo.

«Se reirá de mí —pensó—, de una manera tan ruidosa, que jamás podré presentarme ante ella».

Y no dijo nada.

Fue en aquel momento, cuando ya consciente gozaba de la dulce presión establecida entre los dos brazos-ideativos, cuando el suelo vibró por primera vez. En realidad, fue algo tan pequeño, que ninguno de ellos notó casi nada.

Pero, tres segundos después, la vibración se desencadenó con toda su fuerza y los expedicionarios cayeron al suelo, al tiempo que una especie de rugido les ensordecía.

Tac fue el primero en ponerse en píe.

Ayudó a hacerlo a Sam-La y le señaló, con el brazo-motor extendido y tembloroso, el oleaje tremendo que sacudía las astronaves. Parecía como si la onda de aquel espantoso cataclismo corriese de una extremidad a otra del desierto donde habían aterrizado.

—¡Cuidado! ¡Tírense al suelo!

Tuvieron apenas el tiempo justo de hacerlo.

Otra vez vibró la tierra y les hizo rodar, como pelotas, de un lado para otro.

—¡Corramos hacia las espacionaves! —gritó furiosamente Tac.

Algunas, muy pocas, habían logrado despegar; pero el resto, sacudidas por aquella especie de mar embravecido, habían caído de costado y sus tripulantes, poniendo en marcha los motores atómicos, intentaban separarse, de la traidora tierra que temblaba.

—¡¡Al suelo!!

Otra vez obedecieron las órdenes de Tac que, a pesar de todo, era el que se mantenía más alerta.

Vio, por eso, que la astronave principal, que había conseguido despegar, suavemente, se mantenía a unos diez metros de altura, sobre el oleaje furioso de la tierra joviana. De una de las compuertas brotaba una escala destinada, indudablemente, a que los expedicionarios subieran por ellas.

El rugido del suelo era ensordecedor y Tac no pudo explicarse aquel ruido que, para un terremoto, le parecía exagerado.

Sin soltar la mano de la muchacha, dejándose, caer cuando la tierra vibraba y corriendo desesperadamente en los intervalos, logró ir acercándose a la escala que se balanceaba desde la puerta de la espacionave.

Algo rojo apareció a su izquierda, formando una especie de horizonte carmesí, del que brotaba una vaporosidad intensa.

Cuando consiguió atrapar el extremo libre de la escala y empujar a Sam-La, haciéndola empezar a subir, la masa roja estaba a menos de cincuenta metros de ellos.

Oyó algo, impreciso y confuso, ya que las sintonías estaban mezcladas porque desde todas las espacionaves en peligro se lanzaban desesperados S.O.S.

Una vez arriba, detrás de la joven, se volvió, haciendo un desesperado gesto a los que le seguían y que, temerosos y atolondrados, se habían rezagado, quedándose bastante atrás.

De repente, la astronave dio un respingo, ascendiendo bruscamente.

—¿Qué hacéis? —inquirió, desesperadamente, a través de su telecomunicador—. ¡Todavía no han subido todos!

Estaba colgado, junto a la puerta y tuvo que afianzarse fuertemente, con ambas manos, para evitar perder el equilibrio, por efecto de la creciente aceleración.

Entonces, cuando la espacionave consiguió bastante altura, pudo percatarse de lo que había motivado la catástrofe.

No era, ni mucho menos, nada que se pareciese a un terremoto.

La masa sin ninguna vegetación, el desierto donde se habían posado las espacionaves kumianas, no era sino UN GIGANTESCO, DESCOMUNAL ANIMAL QUE HABÍA DESPERTADO EN AQUEL MOMENTO.

La masa roja de la que brotaba chorros de vapor... ¡ERA LA BOCA!

Una boca tremenda que, en aquellos terribles instantes, ESTABA DEVORANDO GLOTONAMENTE TODO LO. QUE YACÍA A SU ALREDEDOR.

Espacionaves, criaturas que habían escapado de ellas y que corrían, con sus trajes espaciales, de un lado para otro.

Desde arriba, no se veía más que la espalda del monstruo y su alucinante boca, de cerca de, doscientos metros de longitud.

Tac se estremeció.

¿A qué horrible parte del universo se habían dirigido?

¿Qué clase de potencias vitales mandaban allí, capaces de originar criaturas tan horrendas como la que estaba viendo ahora?

Sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió; era Sam-La, que le invitaba a subir. Lo hizo y la compuerta se cerró automáticamente tras él. Después de la purificación del compartimento estanco de la esclusa, se quitó el espaciotraje y penetró en el salón donde le esperaba la joven.

Sam-La estaba pálida como el papel.

—¿Qué te parece? —inquirió con los labios apretados?

—¿Se puede hacer algo por los que han quedado abajo?

Ella rió, con un cierto tono histérico en la voz; luego, tomando el brazo-motor izquierdo de su amigo, lo llevó hasta el ascensor, que les trasladó a la torreta de observación.

El espectáculo era horroroso.

Las espacionaves, destrozadas por los tremendos colmillos de la fiera, ahora perfectamente visibles y que formaban una doble hilera alrededor del borde externo de la boca, vomitaban montones y montones de criaturas que iban a parar a lo hondo de aquel embudo rojo, por el que desaparecían. Una baba, semejante a la que habían encontrado en las plantas-aullantes, destilaba del interior de aquel cono horrendo.

—¿Crees, Tac, que podemos hacer algo por esos desgraciados?

—No.

—¿Y no se te revuelve el corazón, hasta sentir asco de ti mismo, al ver la impotencia de nuestro pueblo?

Él la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

El ojo frontal de Sam-La brilló con una intensidad feroz.

—¡Hace miles de años, Tac, cuando tú y yo no habíamos nacido aún, regían las mujeres al pueblo kumiano. Aquellos milenios de matriarcado fueron duros, según los historiadores, salvajes y guerreros; pero suprimieron a los pueblos enemigos, acabaron con los monstruos prehistóricos que poblaban nuestros casquetes polares e instauraron la hegemonía indudable de nuestro pueblo.

»Fue el tiempo del matriarcado. ¡Cuántas veces lo he visto salir malparado en el Consejo de los Ancianos! Criticado, considerado como la Época Negra de nuestra historia.

»Luego, los hombres asumieron el mando y la dirección de los kumianos. Se hicieron grandes cosas, es verdad; se llevó la civilización a la técnica hasta puntos que jamás hubiésemos osado imaginar.

»Hasta que llegó el Éxodo, en nuestros días.

»Todos creímos en la ciencia del Consejo, en su competencia. Y nos confiamos, mi padre el primero, a unos hombres que habían hecho de los kumianos una raza de elección; al menos, ellos estaban convencidos de que lo habían hecho.

Señaló el horrendo espectáculo que se desarrollaba a sus pies.

—¡He ahí los resultados, Tac! ¡Ahí tienes el colofón de una manera de ver estrecha, mezquina, absurda y suicida! Les hemos pedido armas y más armas... ¡Nos concedieron la fabricación de una decena! ¿De qué nos han servido? ¿Podíamos luchar con ese horripilante monstruo con unos pocos fusiles desintegradores? ¿Hemos olvidado los cañones electromagnéticos, las bombas nucleares, los rayos cósmicos? ¡Sí, los hemos olvidado y somos hoy el pueblo más débil del universo, la raza más miserable de todas, ya que seres

sin inteligencia, como el monstruo que está terminando con nuestros hombres, mujeres y niños, es mucho más poderoso que nosotros, mil veces más poderoso!

Tac se percató de que aquella magnífica criatura tenía razón.

Pero, en el fondo ¿qué sabía ella, si no había leído los Libros Prohibidos?

Era incapaz de coordinar la fatalidad histórica que les perseguía. Y si Tac se hubiese atrevido a decirle que eran una raza condenada cósmicamente a la extinción y que no debieron jamás abandonar el Sistema de los Cuatro Soles, terminando allí, con ellos, ella le hubiese echado de su lado, se hubiera reído cruelmente de él y no le habría mirado jamás a la cara.

Y Tac no podía olvidar las pocas caricias que ella le había hecho con sus hermosos y sensibles brazos-ideativos; no podía olvidar todo lo que sentía por aquella joven, que para él era todo lo que le quedaba.

Por eso, desviando la conversación, hacia un punto que no le comprometiese, dijo:

—¿Qué piensas hacer?

Ella le miró triunfante.

—Reinstaurar el matriarcado. ¡Fabricar armas de todas clases! Derogar el poder del Consejo.

—¿Crees que podrás lograrlo?

—Sí, si cuento con tu ayuda. Tú eres el ingeniero más inteligente que tenemos. Has llegado, en tus estudios y procedimientos técnicos, hasta donde nadie logró subir.

Los dos brazos-ideativos de la muchacha se prendieron dulcemente de los suyos. Tac sintió que un reflejo emotivo, de una intensidad maravillosa, le invadía.

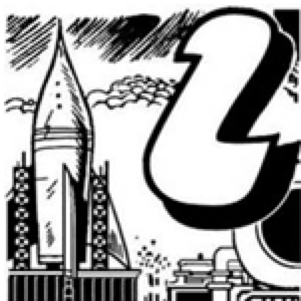
Era imposible resistir aquello.

—Cuenta conmigo, Sam-La —dijo con voz emocionada.

Los brazos-motores de la joven le cogieron por los hombros, atrayéndolo hacia ella.

Y le besó, en los labios, demostrando que aquella manera de demostrar el amor salía de las fronteras del Sistema Solar, que ellos no conocían aún, para hacerse casi universal...

CAPÍTULO V



A mirada de Vhela recorrió, con sanguinario orgullo, la hilera de astronaves que levantaban sus aceradas proas hacia el cielo; después, volviéndose hacia Thran:

—Creo que habrá suficiente para destrozar sus míseras naves voladoras.

—¿Has hablado con Sthoma?

—No. ¿Por qué?

—Me dijo anoche que los habitantes del Tercer Mundo habían conseguido fabricar una nave del espacio.

—¡Será tan estúpidamente elemental como las naves voladoras que usan para ir de un lado a otro de su mundo! ¿Estuvo Sthoma en el Tercer Mundo?

—Sí. Ya te he dicho que regresó anoche. Fue con un platillo volante monoplaza.

Vhela, el poderoso jefe de los marcianos, sonrió.

—Será cuestión de muy pocas horas. Lanzaremos bombas de nitrógeno atómico, para crear el ambiente apto para nuestra respiración. Al aumentar la dosis de nitrógeno de la atmósfera del Tercer Mundo, no quedará ni uno de sus habitantes vivo. Acondicionaremos después el planeta y nos instalaremos en él.

—Será una magnífica victoria.

—Sobre todo cuando significa el triunfo de diez mil marcianos contra muchos millones de esos seres estúpidos. Somos pocos, en verdad, pero la técnica nuestra ha aumentado nuestro poder, hasta hacerlo infinito.

Thran lanzó una despectiva mirada hacia las arenas rojizas de Marte.

—Nuestro, planeta sé reseca cada día más. Hemos ido muriendo, por millones, a medida que desaparecía el agua. Los canales fueron una solución hace miles de años, pero ahora, vacíos y secos, ya no nos sirven para nada.

—¿Para qué los necesitamos? En el Tercer Mundo, el agua es tan

abundante que no la acabaremos en una eternidad.

—¿Cuándo crees que atacaremos?

—Mañana, al amanecer. Llegaremos al Tercer Mundo y empezaremos a bombardear por la zona oscura, aprovechando la noche para evitar que puedan tomar medidas de defensa. En veinticuatro horas habremos terminado.

—¿Tan pronto?

Vhela miró con insistente desprecio a su interlocutor.

—¿No has asistido a las experiencias de Khuler?

—No. No he podido. Ya sabes que he estado ocupado preparando las astronaves.

—Lo comprendo. Ven. Precisamente deseábamos hacer una última experiencia con el único terrícola que tenemos. Lo capturó Sthoma en su último viaje.

—Vamos.

La ciudad estaba al lado. No era muy grande, pero demostraba lo que había sido la civilización marciana. Otras ciudades, miles de ellas, habían quedado abandonadas, a lo largo y ancho del planeta, cuando el agua empezó a convertir a Marte en un desierto de arenas rojas.

Cinco mil hombres y cinco mil mujeres, exactamente, habitaban aquella última ciudad. Gracias a las drogas «bioestimulantes», los marcianos que habían sobrevivido a la Gran Catástrofe, tenían asegurada una larga, vida; pero la desecación progresiva de sus organismos, que tenían la apariencia de auténticas momias egipcias, les había vedado tener hijos.

Por eso, entre otras cosas, deseaban conquistar aquel magnifico Tercer Mundo: la Tierra.

La ciudad estaba limpia, pero una tristeza enorme parecía sobrevolar sus estrechas avenidas, por las que los «sin-fin» corrían, permitiendo trasladarse sin esfuerzo alguno de un lado para otro.

Los dos marcianos tomaron una de las «calles-movibles», apeándose de ella al llegar a uno de los más suntuosos edificios.

Escaleras mecánicas los llevaron hasta la primera planta.

Había una extraña efervescencia en aquel punto. Marcianos y marcianas desfilaban ante una especie de caja de material plástico, en cuyo interior, una mujer joven, con los ojos muy abiertos por el terror, miraba, a su vez, a los que desfilaban al otro lado de la pared de plástico.

Contorneando al público que no se cansaba del espectáculo, los dos importantes marcianos penetraron por una pequeña puerta lateral, que daba a

la parte posterior de la «jaula» y donde había un hombre, Khuler, el astrobiólogo más importante del planeta.

—Hola —saludó Vhela.

El otro se volvió a medias.

—¿Que hay? —inquirió.

—¿Falta mucho para la experiencia?

—Os esperaba.

—Puedes empezar cuando quieras.

Tomaron asiento, en unos sillones funcionales, ante la parte posterior de la jaula. La muchacha, en el interior, se volvió hacia ellos, con una mirada suplicante.

—Es hermosa —dijo Thran.

—¡Bah!—repuso Vhela—. Su belleza no puede compararse con la de nuestras mujeres. ¿No te has dado cuenta de su piel lisa y tersa? ¡Ni una sola arruga en el rostro! Además, fíjate en sus largos cabellos. ¿No son repugnantes? Nosotros, más evolucionamos, los perdimos hace muchos años. Y no vas a decirme que encuentras hermosa esa mata de pelo negro, que le cae de la cabeza, al lado de la finura del cráneo desnudo de una marciana.

—Tienes razón.

Khuler se acercó a los aparatos.

—¿Estáis preparados? —inquirió.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó a su vez Thran.

—Voy a hacer aumentar la dosis de nitrógeno de la atmosfera de la jaula. Hasta ahora, hemos mantenido en el interior una atmósfera semejante a la del Tercer Mundo —sonrió—. Pero quizá queráis oír su voz antes de que muera.

—Está bien.

El astrobiólogo conectó un sistema de micrófonos con el interior; luego, utilizando lo poco que sabía del lenguaje de aquella criatura y que había captado en sus viajes a la Tierra, merced a cintas magnetofónicas, dijo:

—¿Quieres decir algo, tú?

La joven se acercó a la pared posterior de la jaula, colocando el rostro pegado al frío «plastic».

—¿Por qué no me dejáis regresar a mi mundo? Yo no os hice nada. ¡Por favor! Ya me habéis observado bastante.

—¿Qué dice? —inquirió Vhela.

—Desea regresar a su planeta.

—Dile que de nada le serviría. Dile que vamos a matar a todos sus humanos...

El astrobiólogo tradujo las palabras del jefe a la muchacha.

Ésta empezó a llorar, desconsoladamente.

—Fijaos —dijo Khuler —en el líquido que sale de sus ojos. Viven en un planeta tan rico en agua, que su organismo es, en gran proporción, una masa líquida.

—¡Acaba de una vez! —rugió Vhela—. ¡El público se impacienta!

Un silbido indicó que el nitrógeno penetraba en la jaula.

Durante unos segundos, muy pocos, nada pareció ocurrir; pero, de repente, la muchacha se llevó las manos al cuello. Su piel tomó un tono azulado, que se fue ennegreciendo.

—¡Ten cuidado, John! ¡Cuida del pequeño Peter! ¡Estos monstruos quieren destruir la Tie...!

Cayó al suelo.

—Ha muerto —dijo sencillamente el astrobiólogo.

Fuera, al otro lado de la jaula, los marcianos y las marcianas palmeteaban, aplaudiendo el espectáculo.

* * *

Khromic gruñó algo. La colosal pantalla de radar que tenía ante sí parpadeaba, con infinidad de puntos brillantes, concentrados en uno de sus cuadrantes.

Se alejó de allí, después de tomar unas notas y se acercó al cerebro electrónico, pulsando sus multicolores letras. Después, cuando tuvo la respuesta en la mano, atravesó la estancia y penetró en otra vecina, donde se erguía, como un poderoso cañón, el tubo reluciente de un telescopio de colosales dimensiones.

Se puso a observar.

No tardó en descubrirlas.

Chasqueando la lengua, prueba de su intensa preocupación, permaneció allí una veintena de minutos; luego, con los ojos brillantes, se acercó al más próximo «visófono» y pulsó la palanca de contacto.

Momentos más tarde, la pantalla se iluminaba y el rostro de Vhela aparecía allí, enjuto y momificado como el de todos los marcianos.

—¿Qué quieres, Khromic?

—Un grupo de unas seiscientas astronaves viene hacia Marte.

Si Vhela hubiese sido capaz de palidecer, lo hubiera hecho.

—¿En qué dirección? —preguntó con voz temblorosa.

—De Júpiter.

—¿Cómo son?

—Colosales. Cada una mil veces más grande que todas las nuestras juntas.

El otro se mordió los labios.

—¿No podemos saber nada más?

—Sí, estarán aquí mañana. He calculado su velocidad, su peso, su forma...

—¿Están armadas?

—No lo sé. Pero cada una debe llevar, por lo menos, más de mil individuos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el tamaño aproximado de sus «pisos». Las junturas metálicas externas me han permitido calcular, aproximadamente, la altura de sus «pisos» y, por ende, la de sus tripulantes. Deben ser como nosotros.

—¡Pero mucho más poderosos! Nosotros no hemos sido capaces de llegar jamás a Júpiter.

—Eso creo.

Hubo una larga pausa.

—Tenemos muy mala suerte —dijo Vhela —. ¡Justamente cuando preparábamos la invasión del Tercer Mundo!

—¿Qué podemos hacer?

—Consultaré con Thran; él es el único que puede sacarnos de este aprieto.

Vhela cortó la comunicación y salió de la lujosa estancia donde se alojaba. Su mujer, una terrible y alucinante momia, cuya piel parecía estar hecha de pergamino, le miró desde el lecho.

—¿Sales? —le dijo.

—Voy a ver a Thran. Es urgente.

Momentos más tarde, los dos marcianos estaban reunidos y el jefe había comunicado a su colaborador la triste nueva.

Thran era el zorro del pueblo marciano. Sus procedimientos políticos le habían hecho ascender rápidamente a su puesto envidiable del Consejo General.

Lo que más fama le había dado fue la operación «Reducción», realizada cien años atrás.

Por entonces, las poblaciones marcianas, alocadas por la rápida desaparición del agua, emigraban hacia la única zona donde el precioso líquido existía aún. Justamente, aquel lugar se había convertido en la capital y Vhela estableció, allí su costosa y principesca Corte.

La avalancha marciana, procedente de todos los puntos del planeta, era el más pavoroso problema que se presentó ante Vhela. El agua que quedaba, matemáticamente medida y racionada, podía permitir que se acabase el proyecto de invasión del Tercer Mundo; pero la llegada de uno solo de los tránsfugas, que escapaban a la maldita sequedad del planeta, echaría abajo todos los cálculos.

Fue entonces cuando intervino Thran.

Desarrolló su famoso proyecto con una frialdad absoluta, siendo aplaudido por todos los que en la capital sabían que él defendía sus cómodas y egoístas existencias.

Dos mil bombas nucleares acabaron con los que deseaban llegar hasta el agua.

Thran se ganó el puesto de consejero a perpetuidad y el agradecimiento de los que temblaban al pensar en los millares de seres que avanzaban hacia la capital para calmar la horrenda sed que les consumía las entrañas.

Después que Vhela hubo terminado su relato, el otro se frotó la barbilla, tardando unos minutos en contestar

—¿No sabe Khromic de dónde proceden esas espacionaves?

—No.

—Tendremos que actuar antes de que lleguen. El saber si van o no armadas es muy sencillo.

—¿Cómo lo sabremos?

—Cuando penetren en la zona de los asteroides. Tendrán que abrirse paso a cañonazos.

—¡Es verdad!

—Si lo hacen, tendremos que considerarlos como potentes enemigos, con

los que estaremos obligados a jugar con dobles cartas.

—¿Qué quieres decir?

—Que, sean esos seres muy inteligentes o poco, nunca podrán engañar a un marciano. Nuestra astucia es invencible.

—No sé cómo podremos emplearla contra sus armas y su número. Acabarán con nosotros en un instante.

—Eso lo veremos. Creo, por el contrario, que pueden ayudarnos muchísimo. Ya sabes que no hemos logrado obtener agua sintéticamente, por falta de oxígeno. No lo hay en nuestro planeta, rico en nitrógeno. Si esos astronautas son tan inteligentes como demuestra su presencia en esta parte del universo, podrán rendirnos una ayuda eficaz, incluso para dominar el Tercer Mundo, sin que nosotros nos molestemos en hacerlo. Basta conocer algún punto flaco. Y no existe criatura alguna que no lo tenga.

El otro guardó silencio y Thran prosiguió:

—Si atraviesan la zona de los asteroides, iré a visitarlos, antes de que se acerquen demasiado a Marte. Hablaré con ellos y los estudiaré. Si veo algo interesante, te enviaré un mensaje, en clave, para que dispongas lo necesario.

—¡El pueblo marciano te estará eternamente agradecido!

Thran sonrió.

—Espera, Vhela. No se paga con agradecimientos. El pueblo olvida muy aprisa.

El otro frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que deseas?

—El monopolio del agua en el Tercer Mundo. Salvo tu familia, que tendrá cuánta agua necesite, completamente gratis, el resto me pertenecerá y yo impondré un pequeño impuesto sobre su consumo.

—¡Serás el marciano más poderoso de todos!

—¿Y eso qué puede importarte? Tú seguirás siendo el jefe, con todos los privilegios y atributos que puedes obtener en un nuevo y maravilloso planeta.

—Tienes razón. Te concederé el monopolio.

—Eso está bien. Vamos a ver qué ha descubierto Khromic.

Salieron de la casa y se dirigieron directamente al observatorio.

Khromic seguía con el ojo pegado al visor del telescopio.

—Van a penetrar en la zona de los asteroides.

—Proyecta la escena en la pantalla.

Khromic obedeció y las seiscientas espacionaves kumianas —las que habían quedado después de la horrenda catástrofe acontecida en Júpiter— aparecieron en la descomunal pantalla, ante los ojos de los marcianos.

Los ojos de Vhela brillaron de envidia.

—¡Qué gigantescas espacionaves! —exclamó.

Thran también sintió admiración por aquellos portentosos aparatos; pero no dijo nada. Se imaginó el poder que alcanzaría si lograba hacerse amigo de aquellas criaturas espaciales. Con naves como aquéllas, el universo entero estaría al alcance de su ambición desmedida.

Las espacionaves kumianas se acercaban velozmente a la zona de los asteroides. De repente, de los costados de aquellos poderosos aparatos empezaron a surgir llamaradas verdosas, que disolvían en el espacio los gruesos y voluminosos cuerpos que cruzaban ante ellas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Khromic—. ¡Utilizan los rayos cósmicos!

Vhela se puso en pie, pálido como la muerte.

—¡No es posible! —dijo sordamente.

Khromic se volvió hacia él.

—¿No, eh? ¿Quieres decirme entonces qué otra clase de energía produce esas rayas verdes?

—Es verdad —intervino Thran.

—Eso demuestra una indudable superioridad sobre nosotros —siguió diciendo el astrónomo—. Jamás logramos utilizar los rayos cósmicos, a pesar de las largas y penosas investigaciones que hicimos.

—¡Cállate! —rugió Vhela.

Y volviéndose hacia Thran:

—¿Te das cuenta, amigo mío? ¿Crees que podremos hacer algo para impedir que nos destruyan en un instante?

El otro sonrió, seguro de sí mismo.

—Cuanto más evolucionada está una raza —dijo sentenciosamente—, más elementales son sus problemas. Permite que me acerque, con el platillo volante de Khuler, a esas criaturas. Hablaré con ellos. Tú debes estar pendiente de mi informe y seguir mis instrucciones al pie de la letra.

—Así lo haré.

—Ordena a Khuler que prepare su astronave.

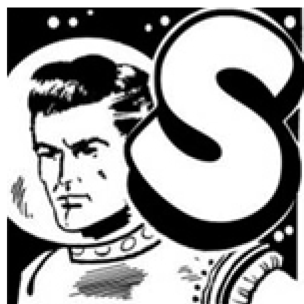
A través del «visófono», Vhela dio las instrucciones pertinentes; después salió en compañía del consejero, dirigiéndose directamente al espaciódromo

donde poco después despegó el platillo volante monoplaza y se alejó velozmente del planeta.

Vhela se secó el sudor —el poco sudor— que podían segregar sus glándulas sudoríparas, casi totalmente atrofiadas en su reseco y deshidratado organismo.

—Las cartas están echadas— musitó con voz intranquila.

CAPÍTULO VI



AM-LA estaba plenamente orgullosa de todo lo que había logrado en tan poco espacio de tiempo. La reunión había sido tormentosa, pero ella no cedió en momento alguno y logró, después de una votación emocionante, destrozar los propósitos conservadores del Consejo de Ancianos e imponer, por una mayoría aplastante, el Segundo Matriarcado kumiano.

La fabricación de armas potentes, cuyos planos se conservaban cuidadosamente en los Archivos de la Historia de la Técnica, se realizó, de una manera acelerada, en los talleres de las espacionaves. Sirviéndose. de un «auto-pulsor monoplaza», Tac, que había recibido el cargo de asesor técnico general, hizo infinidad de viajes de una a otra astronave, coordinando todos los esfuerzos parciales y logrando, antes del plazo que Sam-La le había dado, la realización y montaje de todas las armas que le habían encargado. La expedición contaba ahora con poderosos elementos de defensa y ataque.

Sam-La contó con el apoyo leal de todas las kumianas, doloridas por la pérdida de parientes y amigos y por la mayoría de los jóvenes, que deseaban ver renacer una raza potente y victoriosa, capaz de destrozar a cuantos enemigos se les opusiesen en la realización del Gran Éxodo.

Cuando se encontraba solo —cosa poco frecuente en aquellos días de interminable trabajo—, Tac pensaba en cuanto estaba ocurriendo. Nunca había creído en el triunfo de las ideas de Sam-La. Y al verlas realizadas, empezó a dudar del contenido de los Libros Prohibidos, llegando a la conclusión de que la decisión de aquella maravillosa mujer podía ser capaz de cambiar el negro destino que parecía esperar a su raza.

La llegada a la zona de los asteroides, camino ya de Marte, demostró a los que aún dudaban de la eficacia del nuevo sistema político, que Sam-La tenía toda la razón.

Sin los poderosos cañones de rayos cósmicos, jamás hubiesen logrado pasar aquel enjambre de cuerpos estelares, que formaban una barrera mortal, como algo que defendiese la integridad de los planetas interiores.

Sam-La estaba radiante de entusiasmo.

—¿Te das cuenta, Tac amado? ¡Ahora sí que somos los de antes! ¡Ya pueden presentarse estúpidos o terribles peligros! Nuestras armas nos harán triunfar ante todos ellos. Y conseguiremos, con una seguridad que me llena de orgullo; instalarnos en el primer planeta que reúna las condiciones que nos sean favorables.

—Estoy maravillado de tu valor, querida —repuso él—. Has logrado lo que cien generaciones de kumianos no consiguieron jamás. Yo también estoy orgulloso de ti.

—Y yo de ti, Tac, Sin tu preciosa ayuda, sin tu entusiasmo, hubiésemos tardado mucho más en armar nuestras espacionaves.

Estaban en la torreta de observación y ella le señaló, extendiendo uno de los brazos-ideativos, la formación imponente de las restantes naves kumianas.

—¡Míralas, Tac! Son otra vez expresión del poder inmortal de nuestra raza! ¿Qué puede detenernos ahora? Estoy segura de que todos los kumianos, que se dan cuenta del renacer de nuestro poder, pueden dormir tranquilos, confiados, sabiendo que ya no volverán a ocurrir catástrofes como las que nos han entristecido desde que abandonamos el Sistema de los Cuatro Soles.

Tac miró hacia las potentes espacionaves.

«Expresión del poder inmortal de nuestra raza», acababa de decir la muchacha.

¿Por qué sentía aquella sensación desagradable ante la palabra «inmortal»?

Indudablemente, la influencia de lo que había leído en los Libros Prohibidos seguía minando su entusiasmo, estropeándole el goce sano de aquello que le decía la mujer amada.

«¡Soy un estúpido!» —pensó—. «Sam-La tiene razón: armados como estamos, es casi imposible que en este Sistema, mucho menos evolucionado que el nuestro, encontremos seres capaces de poseer las armas que la ciencia kumiana descubrió y puso a nuestro servicio.»

Se acercó a la joven, entrelazando sus brazos-ideativos a los de la muchacha.

—¡Eres adorable, Sam-La!

—¡Y muy feliz, Tac! A tu lado, asesorada por ti, me considero completamente segura e infinitamente dichosa.

Iban a unir sus labios, cuando un kumiano del equipo de observación penetró en la torreta.

—¡Una minúscula astronave se acerca a nosotros!

Sam-La y Tac se volvieron, asombrados, hacia el recién llegado.

—¿Es posible? —inquirió la primera.

Pero Tac la había cogido de la mano y sin dejarla seguir corrió, arrastrándola casi, al dispositivo astronómico de la espacionave. Allí, el cuádruple tubo del telescopio apuntaba ya a la nave del espacio extraña.

La contemplaron largamente, en silencio.

—No parece armada —dijo ella.

—Eso no lo sabemos, querida.

—¿Por qué?

—Olvidas que las armas de criaturas extrañas a nosotros pueden ser tan distintas, que no las reconoceríamos jamás.

—Tienes razón, Tac; pero, por el tamaño y la forma de esa espacionave, podemos colegir la forma y tamaño del ser que la pilota. Mira la puerta lateral, por favor.

—Es verdad. El tripulante no es mayor que nosotros y por la distribución de las planchas y los tornillos, por la antena que flota sobre ella, es casi seguro que tenga manos, como nosotros; es decir, que se nos parezca casi por completo.

Ella se acercó a uno de los observadores.

Comunica a todas las espacionaves que estén dispuestas a repeler cualquier ataque. Todas las armas deben enfocar a ese aparato. Si viene en son de paz, en paz será recibido; si se acerca en son de guerra... ¡lo desintegraremos!

Siguieron observándolo y momentos más tarde, uno de los kumianos del servicio de telecomunicaciones se acercó a ellos.

—Está comunicando, Sam-La, en un lenguaje que nos es desconocido. Debe de desear entrevistarse con nosotros.

—Perfectamente. Dejad que se acerque, hasta crear una órbita alrededor de nuestra astronave. Lo trasladaremos aquí. Preparad unos cuantos espacio-trajes y salid a por él

Todo se llevó a cabo de la manera prevista.

Después de girar alrededor de la nave principal, el minúsculo espaciovehículo fue atraído por la masa de la nave kumiana, hasta que se posó blandamente sobre su plataforma superior. Un grupo de kumianos salieron en busca del tripulante del platillo.

Cuando Thran se encontró en el interior de la espacionave kumiana,

cuando se percató de la maravillosa realización técnica del avance científico que suponía todo aquello, su rostro se tornó verde de envidia.

Su reacción ante los kumianos fue diametralmente opuesta. Al ver su único ojo frontal y aquellos dos largos brazos, que le brotaban de detrás del par normal y que no estaban terminados en manos, le causó una sensación de repugnancia.

Pero no era el marciano de los que se dejan llevar por impresiones secundarias. Ante todo, se maravilló del adelanto de aquella raza, sin importarle un bledo, al cabo de unos segundos, su repugnante aspecto físico.

Por otra parte, Sam-La le demostró que las mujeres kumianas eran verdaderamente hermosas. Y que fuera del ojo frontal y del doble par de brazos, el resto correspondía correctamente a los cánones de la antigua belleza marciana y al de los seres del Tercer Mundo que Khuler había capturado en sus correrías espaciales.

Una de aquellas criaturas le hizo señas para que se quitase la escafandra, pero el marciano se hizo comprender perfectamente, diciéndoles, por señas, que no podía respirar su misma atmósfera,

Luego el kumiano lo llevó hacia una máquina y lo sentó en un cómodo sillón. Acompañaba todos sus gestos de una sonrisa amistosa.

Le entregó un libro con imágenes del más distinto contenido y señalándole la primera, después de conectar el micrófono del marciano con uno de sus brazos-ideativos, dijo, con voz clara:

—¡Árbol!

Después, señalando la segunda;

—¡Casa!

Thran comprendió lo que se deseaba de él y empezó a leer, en su lengua y en voz alta, todas las cosas que allí había reproducidas. Hablaba ante el micrófono y la máquina empezó a funcionar inmediatamente.

—¡Sthula! ¡Korma! ¡Vhentiris! —decía Thran.

Minutos más tarde, una lámpara se encendió, y Tac, que estaba a su lado, le sonrió, quitándole el libro.

—Ya puedes hablar en tu lengua —le dijo.

Thran se quedó como el que ve visiones. Había oído la frase en un correcto marciano.

Tac explicó:

—Esta máquina ha formado, cuando tú leías, un vocabulario comparativo y ya es capaz de traducir todo lo que digas.

—¡Pero si apenas he leído doscientas palabras!

—Es igual. La máquina: un cerebro electrónico especial, ha tenido bastante con las palabras clave del libro, para formar la gramática de tu lengua. Esas palabras le han dado las raíces de tu lenguaje y los derivados. Lo demás, para la máquina, ha sido sencillo.

—¡Es fantástico!

Tac sonrió de nuevo.

Le alegraba que aquella criatura se maravillase de la ciencia kumiana, ya que era prueba evidente de su inferioridad. Y había temido que el tripulante de la minúscula astronave perteneciese a una raza superior.

—¿De dónde llegas? —inquirió.

—De ese primer planeta, hacia el que, sin duda alguna, os dirigís. Se llama Marte. Os vimos llegar y quisimos daros la bienvenida.

—Gracias.

—No creo que el planeta os convenga, más que transitoriamente. En realidad, se está resecando y el agua se ha convertido en algo tan precioso como rarísimo.

—¿Cómo has adivinado que buscábamos un planeta para instalarnos?

—Es fácil. El número de vuestras espacionaves demuestra que sois un pueblo en éxodo. Es el caso del nuestro.

—¿Cómo? ¿Os disponéis a abandonar Marte?

—Sí. Estamos preparando la marcha hacia el Tercer Mundo.

—¿Cómo es?

—Muy bueno. Tiene agua, en una cantidad enorme, vegetación, animales de todas clases...

—¿Qué clase de criaturas los pueblan?

—Semejantes a nosotros, los marcianos; pero de una raza inferior, primitiva. Han llegado a manejar, incipientemente, la energía atómica y están lanzando satélites experimentales alrededor de su propio planeta.

—Entiendo. Están, aproximadamente, en la fase preestelar. ¡Muy atrasados, en verdad!

Sam-La se había acercado a Tac y escuchaba atentamente las respuestas del marciano.

—Déjame hacerle unas preguntas, querido —dijo.

Tac se hizo a un lado respetuosamente.

Thran comprendió inmediatamente que aquella mujer era el jefe supremo de aquellas extrañas criaturas. No dejó de hacerle gracia su descubrimiento, pero se mantuvo alerta.

Por algo «Thran», en marciano, quería decir algo parecido a «zorro».

—Yo soy —dijo la muchacha —Sam-La, la Suprema, jefe del matriarcado kumiano. ¿Cómo os regís vosotros?

El cerebro de Thran funcionó a toda velocidad.

—Me llamo Thran —dijo—. Nosotros, los marcianos, también nos regimos por un matriarcado. Es la más maravillosa forma de gobierno.

Sam-La se sintió más feliz que nunca.

Y volviéndose a su compañero;

—¿Has oído, Tac amado? ¡Se rigen por el matriarcado! ¡Debe de ser una raza espléndida! ¡Seremos sus amigos!

Sam-La no se separó del micrófono y el marciano oyó, con una satisfacción enorme, las imprudentes palabras de la kumiana.

Hablaron de muchas cosas más y cuando el interrogatorio, dentro de la mayor amistad, terminó, Thran, con una hipocresía que aquellas criaturas eran incapaces de concebir, rogó que le dejasen comunicar con el jefe femenino del matriarcado marciano, previniéndole de la llegada de las espacionaves amigas.

Le llevaron a la cámara de transmisiones, poniendo a su disposición los más potentes y seguros aparatos.

Thran habló, en clave, con Vhela, quien le agradeció las buenas nuevas que le daba. El «zorro» insistió en que sus instrucciones fueran cumplidas a rajatabla.

Luego se reunió con Tac y la muchacha en el salón.

Thran fue invitado a sentarse en uno de los cómodos sillones funcionales.

—Hábleme de la composición de la atmósfera de Marte —dijo Tac.

—Está formada —dijo el otro —de nitrógeno, en una proporción de ochenta y tres por ciento. El resto es de gases nobles, neón, criptón, xenón, etcétera.

—Comprendo. Cuando desembarquemos en su planeta, estaremos obligados a ponernos los espacio-trajes.

Y después de una pausa:

—¿Es que el ambiente atmosférico de ese Tercer Mundo es parecido?

—No, posee, principalmente, oxígeno

Sam-La pareció radiante.

—¡Nuestra misma atmósfera, Tac! ¡Será nuestro planeta elegido!

El marciano frunció el entrecejo. Se daba cuenta de lo peligroso que iba a ser todo, si aquellos seres se apoderaban de la Tierra.

¿Dónde irían ellos, los marcianos?

Tac pareció adivinar sus pensamientos.

—Podemos arreglarnos —dijo—. Sam-La les ha llamado amigos y los kumianos no tienen más que una palabra. Podemos crear una cúpula gigantesca, dentro del Tercer Mundo, dotándola de la atmósfera de ustedes. Serán nuestros vecinos.

—¿Serán ustedes capaces de realizar eso?

—Sí. Pero quería hacerle una pregunta.

—Diga.

—Los habitantes de ese Tercer Mundo ¿se someterán voluntariamente? ¿Son muy numerosos?

—Numerosísimos. Creo, según los informes que poseo, que pasan de seiscientos millones. Y son muy belicosos. Están siempre en guerra entre ellos.

—¿Qué importa eso? —intervino Sam-La—. Poseemos armas capaces de destrozar cualquier resistencia. Si, como has dicho antes, están en la fase preestelar, nuestra tarea destructora no durará mucho.

Thran se percató de todo el beneficio que podía sacar en una alianza «momentánea» con los poderosos kumianos.

—Con las armas que poseéis —dijo —la tarea será facilísima.

Su proyecto estaba ya formado en su cabeza.

Utilizarla a los kumianos, que evitarían un esfuerzo a las espacionaves marcianas, mucho peor dotadas que las de aquellas criaturas en éxodo; después...

Sonrió, seguro del triunfo.

* * *

John Stuart descendió del aparato a reacción con el que acababa de hacer su tercer viaje experimental a la estratosfera.

Pasó a su despacho, en la base y redactó rápidamente su informe.

Después, cuando se hubo quitado el traje espacial y vestido con el suyo, tomó el coche que le condujo hacia su casa.

Era casi medio día.

La vieja Clara, su ama de llaves, estaba en la cocina y salió al «hall», al oír sus pasos.

—¡Gracias a Dios, John! ¡Siempre me pasa igual! Estoy nerviosa hasta que le veo volver. ¿Cuándo demonios acabarán esos vuelos de ensayo?

Él le puso la mano cariñosamente sobre el hombro.

—¿Y Peter?

—Tardará aún una hora en volver del colegio.

—¿Tienes un poco de café?

—Sí.

Bebió una taza, encendió un cigarrillo y se preparó a salir.

—¿Se va usted? —inquirió la mujer.

—Voy a buscar al niño. Le esperaré ante la escuela.

Ella asintió, sin decir nada.

John no podía engañarla y ella sabía perfectamente hacia dónde dirigiría el coche. Justamente en dirección contraria a la escuela donde estaba el pequeño Peter.

Clara no se equivocaba.

Una vez en el coche, John siguió la calle principal hasta desembocar en la parte norte de la ciudad. Allí tomó un camino secundario que le condujo hasta el lugar donde había ocurrido el accidente.

Todo seguía de la misma manera.

Descendió del vehículo y se paseó por la tierra carbonizada, volviendo a pensar que aquellas huellas negruzcas no podían haber sido hechas más que por las toberas de alguna astronave poderosa.

Una espacionave que SE HABÍA LLEVADO A KATTY...

Cerró los puños y miró hacia el cielo, por donde navegaban grandes y algodonosas nubes.

Alguna vez el Hombre lograría navegar por el espacio y evitaría que seres de más allá de la atmósfera, tan poderosos como crueles, viniesen a la Tierra para llevarse hombres, mujeres o niños, sin que nada pudiese hacerse por evitarlo.

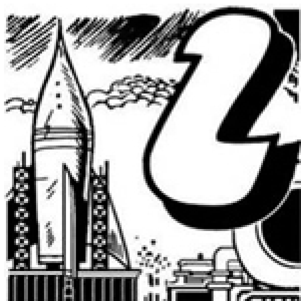
Cada vez que subía en los aparatos de caza de experimentación miraba,

con odio, los astros que brillaban, eternamente, por encima de la ionosfera, Y apretaba los mandos, acariciando los disparadores de sus armas (todos los aparatos superestratosféricos iban armados desde que se sabía que los platillos volantes no eran una alucinación colectiva), con la sola idea de encontrar una astronave en el curso de uno de sus vuelos.

¡Se vengaría!

De eso estaba seguro.

CAPÍTULO VII



A confraternidad entre marcianos y kumianos se desarrolló satisfactoriamente.

Es verdad que Vhela, tras recibir el mensaje cifrado de su consejero, organizó las cosas, de tal manera, que cuando las espacionaves kumianas se posaron en los astródomos del planeta rojo, todo estaba dispuesto para la gran comedia.

Vhelala, la arrugada esposa del jefe marciano, vestida con sus mejores ropas, jugó maravillosamente bien su papel de gran matriarca, demostrando a los simpáticos extranjeros que Marte se gobernaba bajo poder femenino desde hacía seis milenios.

Venciendo la repugnada natural que despertaba aquella fantasmagórica aparición, repleta de arrugas y tan exageradamente esquelética que daba miedo verla, Sam-La supo mostrarse a la altura de las circunstancias, experimentando una sincera simpatía por aquellos que habían hecho del matriarcado una ley normal de gobierno,

Todos los ocupantes de las espacionaves, es decir, todo lo que quedaba del pueblo kumiano, fueron invitados a visitar la capital marciana y, además, gracias a los vehículos que Vhelala puso a su disposición, visitar las viejas ciudades del planeta, abandonadas por sus desdichados habitantes cuando el agua se convirtió en algo que no podía hallarse por parte alguna.

Vhelala y Vhela iban, con Tac y Sam-La, en un vehículo especial.

—Hicimos todo lo posible por salvar a estos desgraciados — dijo la marciana, señalando las fantásticas ciudades, expuestas a los vientos del desierto.

—Comprendo —repuso tristemente la joven kumiana.

Había aprendido velozmente la lengua de los marcianos y Tac la dominaba por completo.

Para ellos, la raza que había llegado al cenit, aquel lenguaje era elemental y bárbaro, incapaz de obtener las resonancias de la lengua kumiana, reforzada por las variadas tonalidades que podía prestarle el empleo de los brazos-

ideativos.

Entretanto, Thran, dueño absoluto de la capital marciana, preparaba detenidamente sus planes.

La estúpida confianza y buena fe de los kumianos le había facilitado extrañamente su tarea. Los visitantes no habían dejado en las astronaves más que algunos ancianos y enfermos, seguros de que una raza como la marciana sería incapaz de entender los complicadísimos mecanismos de las espacionaves.

Eso era verdad.

Pero al «zorro» le importaba un bledo entender las máquinas de aquellos confiados astronautas. Lo importante era haber conseguido que la mayoría de ellos hubiesen caído tan fácilmente en el lazo que les había tendido: la visita turística del planeta.

La ausencia de los kumianos le había dado ocasión de preparar rápidamente la segunda y más importante fase de su diabólico plan.

Aprovechando la noche y simulando una visita, cargado de regalos, a los ancianos y enfermos que habían quedado en las astronaves, colocó, en puntos vitales de éstas, gracias a sus propios especialistas, bidones de nitrógeno concentrado al máximo, coordinando los recipientes con un par termoeléctricos que podría hacerse actuar a distancia.

Cuando los visitantes regresaron de las lejanas comarcas de Marte que había visitado, Thran llamó urgentemente a Vhela.

—Ya está todo preparado.

—¿Qué has hecho?

—Coloqué cargas de nitrógeno puro en el interior de sus espacionaves.

—¿Por qué has hecho eso? Creo que esta gente, como amigos, nos convendrían más. Me han dicho que están dispuestos a partirse el Tercer Mundo con nosotros.

Thran le miró con desprecio.

—¡Merecerías —dijo —que te hiciese caso!

—¿Qué tiene de malo mi proyecto?

—Eres un estúpido —jamás le había hablado así—. ¿Sabes lo que quieren ellos, con sus caras inocentes?

—No.

—¡Dominarnos! ¡Tenernos siempre a su merced! Sometidos, sin que podamos levantar la voz.

—Francamente, no te entiendo.

—Pues es fácil. Ellos nos dejarían una porción del Tercer Mundo y hasta, en el colmo de la amabilidad, nos ayudarían a construir una cúpula donde mantener una atmósfera nitrogenada como la que necesitamos. ¿No es eso?

—Sí.

—Luego, tranquilamente, en cuanto les molestásemos lo más mínimo, en cuanto no les obedeciéramos en algo, no tendrían más que perforar la cúpula, haciendo penetrar el oxígeno mortal en el interior de nuestra atmósfera... ¡y se acabó!

Vhela le miró con admiración.

—¡Es verdad! —exclamó—, ¿Cómo podemos evitarlo, Thran?

—Haciendo lo que yo he hecho. Vamos a anticiparnos a sus proyectos. En determinado momento CUANDO HAYAN TERMINADO DE DESTRUIR A LOS HABITANTES DEL TERCER MUNDO, inundaremos el interior de sus espacionaves de nitrógeno puro. Ni uno solo podrá salir con vida.

—Comprendo. Pero ¿crees que no lo descubrirán? ¡Sería horrible!

—¿Me tomas por un estúpido? Todo se ha hecho con el mayor cuidado y no descubrirán nada... hasta el momento en que ya sea demasiado tarde.

—¡Es una idea ¡formidable!

—Claro que lo es. Aprovecharemos sus cañones cósmicos y sus tremendas armas para que nos limpien el Tercer Mundo de sus asquerosas y retrasadas criaturas. Luego, cuando ellos, a su vez, hayan desaparecido, podremos verter el nitrógeno en el Tercer Mundo y salir de Marte para siempre.

—Estoy perfectamente de acuerdo contigo.

—Lo esperaba. Date cuenta de que esa estúpida de Sam-La está profundamente enamorada de su «matriarcado». Pero, por encima de todo, es una mujer inteligente, como ese Tac es un técnico formidable. Hemos tenido mucha suerte de poder engañarlos.

—¿Cuándo desean atacar el Tercer Mundo?

—Mañana.

—¿Les acompañaremos?

—¡Naturalmente! Todas nuestras astronaves seguirán a las suyas. Ellos destruirán las ciudades de los habitantes del Tercer Mundo. NOSOTROS ESPERAREMOS EL MOMENTO DE ACTUAR.

* * *

»DE NADA SERVIRÁ HUIR DEL FINAL DEL TIEMPO. EL FINAL DEL ESPACIO SE CERRARÁ SOBRE LOS QUE HAYAN HUIDO Y TERMINARÁ CON LA RAZA.

»PORQUE NADA PUEDE SOBREVIVIR A SU DESTINO. Y CUANDO LOS SOLES DE UN SISTEMA SE APAGAN, ES COMO LA SEÑAL DEL FINAL...»

Tac cerró el Libro Prohibido.

Y repitió las frases, las palabras y hasta las sílabas, una a uña, como si desease compenetrarse con su horrendo sentido, como si quisiese destruirlas, como hubiera deseado quemar los libros.

«DE NADA SERVIRÁ...»

¿Cómo podía ser verdad un absurdo tan gigantesco?

Después del esplendoroso triunfo de Sam-La; tras la victoria sobre el Consejo de Ancianos, cuando el mundo a conquistar estaba al alcance de la mano, cuando se contaba con el apoyo de una raza como la marciana: cuando todo iba maravillosamente bien.

«EL FINAL DEL ESPACIO...»

¿Qué quería decir aquello?

No habían llegado, ni mucho menos, al final de ningún espacio. Podían seguir navegando por el vacío, rumbo a otras galaxias y después a otras. Y a otras, sin que nunca llegase el verdadero final.

Se levantó para acercarse al ventanal por el que lanzó una mirada al cielo estrellado, visible directamente a través de la pobre atmósfera marciana. Allí, aquel punto brillante, era el Tercer Mundo, cuyas maravillas había visto en las proyecciones cinematográficas a las que Sam-La y él habían sido invitados aquella misma tarde.

Un mundo maravilloso, algo que ni soñado hubiese sido posible. Un planeta con aguas, con vegetación, con montañas, bañado por la luz de un sol muy joven, que tardaría trillones de siglos en apagarse, como había ocurrido al Sistema de los Cuatro Soles.

«Y CUANDO LOS SOLES DE UN SISTEMA SE APAGAN...»

Entonces...

¿Era necesario morir? ¿Existía la muerte cósmica como la individual? ¿No podía salvarse nada de la destrucción final?

Movió la cabeza pensativamente.

—No, no puede ser —dijo en voz alta.

Le célula fotoeléctrica que había montado le avisó de la proximidad de una visita.

Encerró rápidamente los Libros Prohibidos.

Sam-La penetró en la estancia,

—¿Qué hacías, amor mío?

—Pensaba.

—¿En qué?

La besó, buscando algo que decirle; finalmente:

—Estoy emocionado por la expedición de mañana.

—¿Te has dado cuenta, Tac, de la sorprendente belleza de ese Tercer Mundo?

—Es maravilloso.

—¡Y la suerte que hemos tenido! Encontrar una atmósfera como la de nuestro viejo mundo ha sido un azar espléndido.

—Hemos tenido mucha suerte, es verdad.

Ella se había sentado a espaldas de Tac, que contemplaba pensativamente las estrellas.

—¿Sabes una cosa, querido?

—¿Qué?

—Ahora recuerdo que mi padre, en pocas ocasiones, me habló de lo que se decía antes.

—¿A qué te refieres?

—No lo recuerdo bien. Se trataba, según creo, de unos libros en los que se habla de un final que nadie podría evitar.

Tac se estremeció.

—¡Qué estúpidas supersticiones había antes! ¿Verdad, Tac?

—Seguro, querida.

Él no dijo nada; pero, de repente, recordó una frase que había leído aquella misma noche:

«Y, NI LA ÚLTIMA PAREJA, QUE PODRÁ GUARDAR UN POCO DE ESPERANZA, SE SALVARÁ. PORQUE, A PESAR DE TODO, DESPUÉS DE BURLAR ESTÚPIDAMENTE EL FINAL DEL TIEMPO, HABRÁN LLEGADO AL FINAL DEL ESPACIO.»

Pensó en aquello, pero no dijo nada. Porque el corazón le sangraba cada vez que pensaba en ello.

—¿Viste a la criatura del Tercer Mundo que habían matado el otro día, Tac?

—No. Ya sabes que, después de la proyección de todas aquellas películas, regresé a la astronave.

—Yo fui con Vhelala. Era una hembra, de rostro hermoso; muy joven... ¡Lástima que tuviese dos ojos y solamente dos brazos como los marcianos! ¿No los encuentras raros, querido?

—Sí. Hablándote con franqueza, no los encuentro ni agradables, ni simpáticos.

—¡Ta, ta, ta! ¡Ya estamos con tu especial manera de ver las cosas! Piensa, querido, que son seres que, a nuestro lado, viven seis mil años atrás. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—Puede que tengas razón, amor mío. Pero, de todas formas, los encuentro extraños, raros...

* * *

Peter terminó de tomar su chocolate; luego, limpiándose la boca con la servilleta, se puso en pie y besó a su padre.

—¿Vas hoy a la base, papá?

—Sí.

—¿Otro nuevo ensayo?

—Eso creo.

Clara salió en aquel momento de la cocina.

—No estará usted contando una de ésas horribles cosas al niño, ¿verdad?

John sonrió.

—¿Por qué horribles, Clara?

—¡Eso es! —palmoteó el muchacho —¿No sabes, Clara, que cuando sea mayor, seré piloto de ensayo como papá?

—¿Tú? —se asombró la mujer.

—No —dijo John—. Peter no será piloto de ensayo.

El niño frunció el entrecejo.

—¿Por qué, papá? ¡Si es lo que más me gusta!

El hombre acarició los cabellos rubios del niño; rubios como los de ELLA.

—Ya lo sé, Peter. Tú no serás piloto de ensayo, porque cuando seas mayor ya no habrá aviones. Serás piloto de una nave del espacio.

Peter palmoteó.

—¡Qué estupendo, papá!

Pero Clara, en la puerta de la cocina, no pudo evitar que algo le mojase la mejilla. Y se secó apresuradamente con el borde del delantal que llevaba puesto.

John se dio cuenta del gesto de la mujer; pero cuando quiso decirle algo, Clara había regresado a la cocina.

—¿Vamos, peque? —inquirió.

Le llevó en su coche, dando un gran rodeo, para hacer tiempo, según creyó el pequeño. Pero, cuando vio que su papá se alejaba de la ciudad, inquirió;

—¿Dónde vamos?

El hombre sonrió.

—Quiero que veas una cosa, Peter.

Detuvo el coche junto a la vereda transversal y cogió la mano del niño, llevándole hasta la zona donde la tierra seguía quemada.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho.

—¿Ves, estas cuatro manches negras? Son las zonas de tierra que quemaron las cuatro toberas de una astronave.

Peter abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Una as...tro...na...ve? —balbució.

—Sí. Tú tenías muy pocos meses: cinco o seis. Mamá había salido, aquella tarde, dejándote al cuidado de Clara, para coger unas flores en esté sitio. Era mi cumpleaños y no quiso ir a comprarlas a la ciudad.

El niño escuchaba atentamente a su padre. Éste prosiguió:

—«Ellos» debían de estar aquí. Como Ves, esta parte de terreno forma una hondonada y mamá no debió verlos. Cuando los vio, ya era demasiado tarde.

—¿Se habían ido?—inquirió ingenuamente el niño.

—No. Debieron sorprenderla. Y se la llevaron con ellos.

—¿A mamá?

—Sí.

Hubo un corto silencio.

—¿Quiénes eran?

El hombre se encogió de hombros tristemente.

—¿Y quién lo sabe, Peter? Podía venir de Marte, de Venus. O de cualquier parte.

—¡Bandidos! —exclamó el pequeño sin poderse contener.

John se arrodilló junto a su hijo y lo abrazó con fuerza. Luego, con la boca junto al rostro del pequeño, le musitó en voz baja:

—Escucha, Peter. Yo sé que «ellos» volverán. Tarde o temprano, una de sus astronaves volverá a visitarnos. Yo, cada vez que vuelo, muy alto, por encima de la estratosfera, espero verlos.

—Los matarás, ¿verdad, papá?

—Sí. Dispararé todas mis armas contra ellos, pequeño. Te lo prometo. Pero ya eres un hombrecito y puedes pensar en que ellos, más poderosos que nosotros, pueden matarme a mí.

—¡Oh, papá!

—No te preocupes. Lo que yo deseo es que tú, que ya conoces lo que le ocurrió a mamá, me prometas que cuando seas mayor, cuando guíes una de las poderosas astronaves que el hombre construirá, no olvidarás que has de defender la justicia en el espacio. ¿Verdad que no lo olvidarás?

—¡Nunca, papá! ¡Ya las pagarán todas juntas los que la violen!

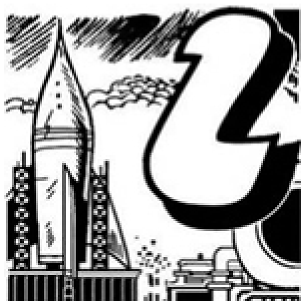
—Vamos ahora, Peter.

Le condujo hasta el colegio. Después de haberle abrazado le dijo con una voz truncada por la emoción.

—Si un día yo no volviese, ¿verdad que irás a aquel sitio que te he enseñado hoy, para pensar en mamá?

—Sí, padre. Iré todos los domingos por la mañana. ¡Y llevaré la pistola desintegradora que me trajo Papá Noel!

CAPÍTULO VIII



AS espacionaves brillaban al sol naciente, con sus puntas, que parecían de plata.

Todo estaba preparado para realizar el asalto al Tercer Mundo y una multitud marciana se había congregado alrededor del espaciódromo, contemplando con sentida admiración las naves kumianas que, casi en seguida, empezaron a salir disparadas hacia el cielo.

A la cabeza de la imponente formación, la principal se destacaba, avanzando raudamente hacia el punto brillante que era la Tierra, allá donde el sol brillaba con más intensidad.

En la torreta, Tac y Sam-La miraban el despegue de las naves marcianas que, por previo acuerdo, debían ir detrás de las kumianas.

—Estaremos en el Tercer Mundo dentro de dos horas.

—Sí —dijo Sam-la—, ¡No puedes imaginarte, querido, lo emocionada que estoy. ¿Cuánto crees que tardaremos en destruir a esas criaturas?

—Utilizaremos, exclusivamente, bombas con rayos cósmicos. Por muy densa que sea su población, creo que con unas tres horas tendremos bastante.

—¿Y... después?

—¿Después?

—Sí. ¿No te das cuenta de que te estoy preguntando algo que deseo oírte? ¿Qué haremos después, Tac?

—Nos estableceremos en el planeta conquistado.

—¿Te das cuenta? ¡Otra vez estaremos en un mundo que parece haber sido hecho para nosotros! Levantaremos nuestras grandes ciudades, recorreremos las tierras y los mares. Y, bajo la égida del matriarcado, el pueblo kumiano será poderoso y feliz como jamás ha sido.

Tac parecía distraído, observando las naves marcianas.

—Nunca lo hubiesen conseguido sin nuestra ayuda.

—¿A qué te refieres?

—A los marcianos. Han tenido tanta suerte como nosotros.

El ojo frontal de Sam-La brilló con cierta intensidad colérica.

—¿Por qué la has tomado con ellos? Son buena gente, Tac. Y no olvides que una raza que se rige por el matriarcado tiene que ser progresiva y buena a la vez.

Permanecieron unos instantes en silencio.

La Tierra se iba acercando rápidamente. Pronto, ya visible el planeta, la luna empezó a surgir por detrás de él.

—¡Fíjate, Tac: un satélite!

—Ya lo veo.

—No creo que tenga más. ¿Recuerdas los doce de nuestro planeta.

—Sí, los recuerdo. Va a ser difícil acostumbrarse a un mundo en el que no haya más QUE UNA SOMBRA, tanto de día como de noche. Nosotros teníamos cuatro diurnas y doce nocturnas. ¿Cómo crees que haya podido olvidar el efecto maravilloso, el celaje delicado que bordaban las sombras de las cosas en nuestro suelo?

—Tienes razón. Emociona recordarlo.

Un kumiano penetró en la torreta.

—Se ha recibido un mensaje de la principal marciana.

—¿Qué dice?

—Que nos desea toda clase de ventura y que estarán siempre pendientes de nosotros por si nos pueden prestar alguna ayuda.

—Está bien. Contéstales adecuadamente.

Y volviéndose a Tac:

—¿Te das cuenta, querido?

El planeta estaba ya tan cerca, que ella comprendió perfectamente la emoción que debía de embargar a Tac.

Se veían los continentes, en gran parte y la masa azul verdosa del océano. La visión era ciertamente hermosa.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella.

—Sí. Una maravilla hecha para unos seres que van a perecer dentro de unos instantes. Seguro que ellos no se han dado cuenta de la tremenda belleza que les rodea, de todo lo que la naturaleza ha puesto a su servicio. De lo que significa tener un planeta, un bello sol que ilumina y da vida y calor. Y van a

perderlo todo, definitivamente, sin haber aprendido a amarlo.

Sam-La miró fijamente a su compañero.

¿Por qué dices esas cosas, querido? ¿Quieres mostrarte especialmente cruel en estos momentos, cuando una dicha desconocida y maravillosa me invade?

—Perdona si te he entristecido, amor mío. Pero no puedo evitar estas ideas. Has comprobado cómo, en los dos planetas que visitamos, la vida se defendió desesperadamente contra nosotros. Primero las criaturas blancas del planeta helado, aquéllas «que tenían dos muertes; después, las plantas del planeta gigantesco y su descomunal monstruo... ¿No entiendes lo que todo eso significa, Sam-La?

—De verdad es que no te entiendo. Dices cosas tan raras...

—No lo son, querida. Todos estos planetas poseen una vida que les ha sido destinada. Y es natural que ella, la vida, se defienda contra las criaturas extrañas que desean barrerla de donde nació.

—Pero, ¿olvidas la ley de la supervivencia, Tac? ¿Crees acaso que estamos haciendo algo malo al intentar que nuestra civilización, el esfuerzo de miles de generaciones, prosiga su brillante carrera en el cosmos?

—No sé qué pensar, Sam-La; esa es la verdad. Debo de ser un solemne estúpido.

* * *

—¡Ya estamos llegando, Vhela!

El jefe marciano contempló, a través de la pared transparente de la torreta, la masa ingente del planeta, que ocupaba ya la totalidad de horizonte visible.

—Dentro de poco —siguió diciendo Thran —, nuestros queridos colaboradores, los kumianos, nos limpiarán ese mundo de alimañas de dos patas.

—¿Y ellos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo llevarás a cabo el plan que te propones?

—¿Ves esa palanca a ras del suelo?

—Sí.

—Está conectada con un dispositivo radiotérmico que lanzará una oleada de rayos infrarrojos contra las espacionaves kumianas. Los pares termoeléctricos, que he colocado en ellas, funcionarán y los dispositivos

automáticos de los depósitos de nitrógeno puro, se abrirán, dando salida a ese gas que es fatal para ellos.

Vhela guardó silencio unos instantes; después, bruscamente, se volvió hacia su colaborador.

—He estado reflexionando —dijo —sobre lo que me pediste antes de salir hacia Júpiter.

El otro frunció el entrecejo.

—¿Sí? —inquirió con un tono de voz lleno de desconfianza.

—Sí.

—¿Y has llegado a alguna conclusión... distinta a la que convenimos?

Vhela no dijo nada; se quedó mirando al «zorro» inquisitivamente. Luego, al tiempo que sacaba una pistola desintegradora, estalló, como una tormenta que se hubiese fraguado en la sombra.

—¡Claro que he llegado a una conclusión diferente! Me tomabas por bobo, ¿verdad? No es que tu plan haya sido malo y puedes estar seguro de que, en el fondo, te lo agradezco, ya que has facilitado mucho las cosas,

»Pero el precio que exiges es demasiado grande. Es posible que me hayas tomado por un idiota, porque asentí estúpidamente cuando me lo dijiste; pero te equivocas.

»Voy conociéndote, Thran; eres ambicioso, que terminarías —¿cómo dudarlo?— imponiéndote sobre mí y convirtiéndome en uno de tus vasallos.

—Te juro que...

—¡Cállate! Aunque me dijeses lo que me dijeses, no te creería. Me encantó tu proyecto del monopolio del agua y pienso ponerlo en práctica.

—Yo te ayudaré...

Vhela movió la cabeza de un lado para otro.

—No, Thran; contigo no dormiría tranquilo. Eres como un reptil venenoso. ¿Recuerdas aquellos animales que viven aún en los desiertos de nuestro planeta? En cuanto sienten la presencia de alguien más fuerte que ellos, se hacen los humildes, se arrastran y te obedecen; pero, en cuanto duermes, se ponen a segregar ese líquido verdoso que, al contacto con el aire, forma el vapor verde, que enloquece a quien lo respira, convirtiéndole en un esclavo del animal...

»Así eres tú, Thran: un bicho peligroso, que ha sido útil hasta ahora mismo; pero que, dentro de poco, cuando mueras desintegrado, contribuirás a que mi descanso sea más perfecto.

El «zorro» estaba pálido como la muerte.

—¡Déjame vivir, Vhela! Me alejaré de tu reino...

—¿Para conspirar contra mí? ¡Tú eres capaz de convencer a las piedras, si te lo propones, Thran!

—¡Enciérrame en una prisión!

—No, no podría conciliar el sueño. Serias capaz de disolverte, de pasar entre las paredes...

Pero todas aquellas palabras eran meras súplicas falsas. Thran, sin que el otro, llevado por la cólera y completamente confiado, se percatase, se había ido moviendo hacia la izquierda, lenta y pausadamente.

No dudaba que Vhela lo mataría.

Pero, por eso, porque sabía que iba a morir irremisiblemente, no podía permitir que el otro se encontrase con todos los problemas resueltos, dispuesto sólo a gozar de una prosperidad que no merecía.

—Te serviré más vivo que muerto —dijo aún.

—No. Prefiero que desaparezcas, Thran. Ya te he dicho muchas veces que tu muerte es el precio de mi tranquilidad.

Thran se percató de que el otro iba a oprimir definitivamente el gatillo.

Entonces saltó.

Vhela fue el primero en sorprenderse. Pero, cuando pudo darse cuenta de lo que realmente se proponía el otro, ya era demasiado tarde.

De un puntapié, Thran había impulsado hasta el fondo LA PALANCA QUE ENVIARÍA LOS RAYOS INFRARROJOS A LAS ESPACIONAVES KUMIANAS.

Vhela, oprimió el gatillo.

Lanzando un rugido, el cuerpo del «zorro» se disolvió, despidiendo un olor rancio a carne quemada...

CAPÍTULO IX



L rostro de Tac se contrajo. Acercándose más a la fría superficie del transparente «panklas», pegó su cara a ella, observando el mundo al que se iban acercando las espacionaves, a una velocidad fantástica.

No podía compararse, en modo alguno, aquel planeta con el lejano Kumia, de donde procedían ellos. Ni los Cuatro Soles habían jamás alumbrado un mundo como éste.

«Es maravilloso», pensó.

Y casi en seguida le dolió la orden que Sam-La iba a dar de un momento a otro; una orden que abriría los tubos lanzatorpedos, de los que brotarían, infaliblemente dirigidos hacia las grandes ciudades, cuyas manchas eran ya casi visibles, los proyectiles que guardaban en su seno la horrísona energía de los rayos cósmicos.

Tac no sabía si tenían derecho a hacer aquello. Los Libros Prohibidos no lo aprobaban, ya que calificaban aquella acción, como todas las encaminadas a escapar del destino de la raza, como absurdas, inútiles y baldías...

Sintió la mano de la muchacha sobre su hombro.

—Da la orden de disparar, Tac.

Él se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Yo?... —articuló.

Ella bajó la mirada de su ojo frontal, sin atreverse a mirarle frente a frente.

—Hazlo tú; te lo ruego...

Él insistió con un acento doloroso en la voz:

—¿Por qué he de ser yo, Sam-La? Tú eres el jefe.

—¡Te lo suplico, amor mío!

Tac se dio cuenta de que «amor mío» había perdido mucho de su significación en aquellos instantes. Impelido por algo que ni él mismo pedía

comprender:

—¡Todavía estamos a tiempo! —exclamó.

Esta vez, la muchacha levantó la cabeza para mirarle.

—¿A tiempo de qué?

—De volvernos.

Hubo una expresión de horror en el rostro dé ella.

—¡¡Tac!!

El joven se acercó mansamente, olvidando su rebeldía de hacía unos instantes.

—Di, Sam-La.

—Ordena que empiecen a bombardear. He olvidado lo que has dicho antes.

—Gracias. Ahora mismo.

Se acercó al visófono; pero, cuando se disponía a mover la palanca, el aparato se iluminó por sí mismo, señal inequívoca de que llamaban.

—¡Aquí, astronave número 200! ¡Estamos muriendo asfixiados! ¡Hay una corriente de nitrógeno en todas las cámaras!

Se apagó el aparato para volverse a encender.

Idénticas o parecidas palabras sonaron en el visófono. Y así una y otra y otra y otra vez, basta que Tac y la muchacha se percataron de la horrenda catástrofe que se estaba desencadenando en toda la expedición.

Un kumiano penetró repentinamente.

—¡Nos estamos inundando de nitrógeno, Sam-La! Todos los de los pisos inferiores han perecido ya!

—¡Cierra las compuertas del pasillo! —gritó Tac.

Se alejó el otro y el joven cerró a su vez las puertas de la sala de mandos, donde se hallaba con la muchacha.

Sin hacer caso de ella, Tac se acercó al visor transparente y echó una ojeada hacia atrás. Impelidas por la inercia, ya que nadie las mandaba, las espacionaves kumianas se precipitaban ciegamente hacia el planeta que querían conquistar.

—¡Se estrellarán allá abajo! —rugió él.

Y volviéndose a la muchacha:

—¿Oíste lo que dijeron desde todas las espacionaves?

Ella no contestó: una expresión atónita, de incredulidad, la enmudecía.

—¡HABLARON DE NITRÓGENO! —gritó él—. ¿QUIÉN PUDO COLOCAR NITRÓGENO EN NUESTRAS ESPACIONAVES, MIENTRAS VISITÁBAMOS LAS CIUDADES MARCIANAS?

Ella se dio cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Tac. Se percató... cuando, ya era demasiado tarde.

Avanzando hacia él, se arrojó a sus brazos.

—¡Perdóname, Tac!

Él unió sus brazos-ideativos a los de la muchacha.

—Ya nada tiene importancia, querida.

Y después de un largo silencio:

—...es decir; sí. Algo sigue teniendo una importancia tremenda. ¡Déjame, Sam-La!

Se precipitó hacia el sillón de mandos, desconectando el cerebro electrónico que gobernaba la nave. Una rápida maniobra y el aparato giró limpiamente, dando cara a las naves marcianas, que aparecieron claramente reflejadas en el televisor.

—¡Corrige los colimadores de puntería, amor mío! ¡Todavía no han escapado esos malditos!

Ella le obedeció prestamente.

Una cruz negra fue recorriendo la pantalla. Cuando el entrecrusamiento de las líneas, hábilmente movidas por Sam-La, pasaba por el lugar ocupado por una nave marciana, Tac se limitaba a oprimir el botón rojo que tenía al lado.

Allá lejos, una tremenda llamarada verdosa iluminaba el espacio; luego, al disolverse, ya no se veía rastro del navío que acababa de ser desintegrado por los rayos cósmicos.

* * *

En los primeros instantes, Vhela pasó un miedo cerval. Luego, al darse cuenta de que las espacionaves kumianas caían, como aves sin alas, sonrió.

¿Qué le importaba que los poderosos kumianos no le ayudasen a conquistar el Tercer Mundo?

¡El nitrógeno serviría, después de terminar con los peligrosos amigos del espacio, para acabar con los habitantes de aquel magnífico mundo en cuya estratosfera volaban ya.

¡Todo saldría bien!

De repente, cuando vio que la primera fila de sus propias astronaves desaparecía, detrás del relámpago verdoso de los rayos cósmicos, comprendió que todo su plan ambicioso se había, venido abajo.

Maldijo la mala idea que había tenido de suprimir a Thran. De haber estado el «zorro» con él en aquellos momentos, seguro que hubiese encontrado una fórmula para arreglarlo todo.

Se precipitó hacia el intérfono de a bordo.

—¡Aléjense de aquí! —rugió lleno de espanto.

Una rápida maniobra le libró del estallido de una astronave vecina que se disolvió en medio del maldito rayo verdoso.

Por fortuna, un grupo denso de nubes le ocultó de la vista de la vengativa espacionave kumiana.

Vhela sonrió satisfecho.

* * *

John volaba alto.

Todo iba maravillosamente bien en su aparato. Lanzó una mirada crítica a los mandos, a los cuadrantes, donde las agujas oscilaban, sobre el fondo fosforescente de la iluminación del cuadro y suspiró, en el interior del tubo de goma rizada que se comunicaba con los depósitos de oxígeno.

Su imaginación estaba lejos.

Allá abajo, en una escuela, Peter escucharía, con un oído distraído, las explicaciones de la maestra. Toda la mente del niño estaría empapada de la trascendente revelación que su padre le había hecho aquella mañana.

John se preguntó si había hecho bien en decir al niño que su madre había sido raptada por los tripulantes de una misteriosa astronave, de uno de los platillos volantes que habían visto millones de personas y fotografiado desde toda la Tierra y de cuya existencia real ya no dudaban más que los estúpidos.

El corazón de John se encogió al recordar a su esposa. ¡Había vivido con ella tan poco tiempo! Su profesión le obligó siempre a pasar largas temporadas lejos de casa. E incluso cuando Peter nació, él volaba a doce mil metros, en un «Super-Sabre», entre las nubes.

Le comunicaron la noticia cuando se disponía a aterrizar en la base.

Sí, la había dedicado muy poco de su vida. Y era eso lo que más

intensamente le dolía ahora: el no haber estado a su lado, en todos los momentos; sobre todo cuando aquellos canallescos viajeros interplanetarios se habían apoderado cobardemente de ella.

Cerró los puños.

Haciendo un poderoso esfuerzo, se concentró nuevamente en su aparato, eligiendo un grupo de densas nubes para realizar una prueba de ascensión máxima.

Fue entonces cuando vio la astronave.

Por el momento, sin poderlo evitar, se quedó boquiabierto, sin saber qué hacer. Luego, la furia le inundó como una oleada de plomo derretido. Y, apretando las palancas de los gases, se lanzó como una flecha de plata con los labios apretados, pero deseoso de entreabrirlos con una sonrisa.

¡Por fin!

Nunca había dudado de que llegaría aquel momento; pero siempre temió que otro piloto de ensayo tuviese la suerte de encontrarse con alguna de aquellas odiadas astronaves.

Rugió de placer al ver que su aparato alcanzaba fácilmente la nave del espacio.

—¡Ahora vamos a vernos las caras, malditos!

Hizo un «bucle», para evitar que la astronave se le escapase; después, cuando a través del visor, distinguió su forma oblonga y las ventanillas laterales, que le hacían parecer un viejo submarino, oprimió los botones de los disparadores y un grupo de cohetes, con cabeza atómica, salió disparado hacia la nave marciana, alcanzándola en pleno flanco.

¡Estalló en mil pedazos!

Loco de alegría, se puso a girar alrededor de su presa, contemplándola con un odio y un placer mezclado. Luego, deseoso de que todos supiesen la buena nueva, estableció comunicación con la base.

¡Su esposa estaba vengada!

* * *

Propulsada por sus potentes motores atómicos, la espacionave principal se alejó velozmente de la Tierra.

Silenciosos, Tac y Sam-La, sentados el uno al lado del otro, miraban alejarse el azul Tercer Mundo.

Ella lloraba mansamente.

A través de las lágrimas que brotaban de su único ojo frontal, veía cómo se alejaba aquel mundo con el que tanto había soñado y que ahora, cuando ya casi lo había tenido al alcance de la mano, se le escapaba para siempre.

Tac miraba también al planeta Tierra, pero sus pensamientos eran muy distintos. Se alegraba, en el fondo de su alma, de que los pobladores de aquel hermoso mundo se hubiesen librado de la hecatombe que se había cernido sobre ellos.

Se levantó y se acercó a la muchacha.

—No te aflijas, Sam-La.

Ella posó sus brazos-ideativos sobre los del joven.

—¡Cuánta razón tenías, amor mío!

—¿Yo? No, pequeña. La razón y la sabiduría estaba en los Libros Prohibidos. Ellos me la enseñaron; yo no tengo ningún mérito.

—Sabías que todo debía acabar así, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Sí —dijo después—. Yo sabía todo esto; pero no pude decirlo. Te amaba demasiado y estabas por encima del destino de la raza, que ni tú, ni nadie podía modificar y cambiar.

—¿Dónde vamos ahora, amor mío?

—A terminar nuestra misión. Hemos despertado, Sam-La, de una mala pesadilla. La suerte nos ha impedido destrozar los pueblos de un planeta que está hecho a su medida. Ahora vamos a terminar con una raza decrépita, repugnante, condenada a muerte, como nosotros, y que deseaban destrozar otro mundo para instalarse.

—¿Vamos a Marte?

—Sí; destrozaremos cuanto queda allí.

En efecto, poco después, sobrevolaban, antes de alejarse definitivamente hacia Júpiter, el planeta rojo. Una lluvia de proyectiles de rayos cósmicos terminó con aquella capital de caquécticos, medio esqueletos, cuya maldad habían encarnado Vhela y Thran.

De nuevo en el espacio.

Permanecieron varias horas juntos, entrelazados sus brazos-ideativos, hablando de tiempos pasados.

Tac interrumpió una frase de Sam-La.

—¿No sientes dificultad en respirar, amor mío?

—Sí, hace rato; pero no quería decir nada.

Y después de una pausa.

—¿Es el nitrógeno, verdad?

—Sí. Escucha un poco. ¿Oyes ese silbido? A pesar de haber cerrado la puerta, el gas, muy difusible, debido a la forma en que lo prepararon los marcianos, penetra lentamente en la cabina...

Siguieron hablando, hasta que sus respiraciones se hicieron dificultosas.

Poco después, Sam-La caía desmayada.

Él permaneció unos instantes con la mente despierta, pensando en todo aquello que él solo supo.

«DE NADA VALDRÁN LOS DESEOS DE ESCAPAR, PORQUE LOS QUE LOGREN SALIR DEL FINAL DEL TIEMPO, CHOCARÁN, IRREMISIBLEMENTE, CON EL FINAL DEL ESPACIO».

Segundos más tarde, la espacionave estallaba, al chocar violentamente, con un asteroide, camino de Júpiter.

EPILOGO

El bullicio de la calle interrumpió bruscamente las clases.

Peter, como todos los otros niños, salió corriendo, a pesar de los desesperados gritos de la maestra, escapando por la calle principal hacia el lugar donde un gentío creciente se estaba concentrando.

—¡Una astronave!— oyó gritar.

—¡Es enorme!

—¡Dejen paso!— exclamó un policía, intentando alejar a los curiosos. Las sirenas de los bomberos se dejaron oír. Momentos más tarde, las fuerzas del orden rodeaban el curioso artefacto que, en parte, seguía ardiendo. Un grupo de bomberos consiguió penetrar en el interior, retrocediendo vivamente.

—¡No se puede respirar ahí dentro! —gritó—, ¡Pasadnos las máscaras!

Penetraron de nuevo y poco después salían, por parejas, llevando los cuerpos esqueléticos de los marcianos.

El público empujó vivamente, deseando ver a los misteriosos tripulantes de aquel aparato fantástico.

Pero, cuando se disponían a meter en las ambulancias a los astronautas, un vehículo oficial se detuvo, chirriando los frenos, junto al público.

Un general de la base se abrió rápidamente paso.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡No toquen nada, por favor! ¡Todo esto pertenece a la base!

Fue, entonces cuando el general Speller descubrió, la rubia cabeza del hijo de John.

—¡Peter! —exclamó, acercándose al pequeño -—¿Qué demonios haces tú aquí? ¿Es que han cerrado el colegio?

—Salimos todos, señor.

—Puedes estar orgulloso, pequeño. ¿A que no sabes quién ha derribado esta nave?

—¡Ha sido papá! ¡Apostaría mi pistola desintegradora!

—Y no la perderías, hijo mío. Sí, ha sido tu padre. No tardará en llegar. Le hemos ordenado que aterrice en seguida.

—¿Son marcianos, señor?

—No lo sé, pequeño; pero es casi seguro.

Un vehículo frenó detrás de ellos.

—¡Ahí tienes a tu papá!

El público, que había oído las anteriores palabras del general, irrumpió en una clamorosa ovación cuando John se abrió paso hasta cuadrarse ante su jefe.

—¡A sus órdenes, señor!

—¡Estoy orgulloso de usted, John! ¡Aquí tiene a Peter, que le espera!

—También ha sido casualidad el que la astronave cayese aquí.

—¿Quiere verlos?

—Sí.

—Yo también, papá.

—No, quédate aquí. Seguro que no será agradable.

—Seguro —dijo el general.

Avanzó, junto al piloto de ensayo, y fueron levantando las mantas, examinando aquellos seres de más allá del espacio.

De repente, se quedó helado, con la mirada fija en uno de ellos. El general se dio cuenta de lo turbado que estaba el joven.

—¿Qué le ocurre?

—¡Mire!

Se arrodilló y quitó algo de alrededor del cuello de uno de los marcianos; luego se lo mostró al general.

Era una cadena, de cuyo extremo pendía una cruz.

—¿Qué es eso?

John, con los ojos inundados de lágrimas, dijo con voz temblorosa de emoción:

—¡ESA DE ELLA!

Y se alejó, cogiendo de la mano a Peter y yéndose hacia la casa. A pesar de la congoja que le inundaba el alma, estaba radiante de orgullo hacia sí mismo.

—Mamá está vengada— dijo, estrechando la mano del niño, hasta hacerle daño.


FIN

¡POR FIN EN MARTE!

“Su rostro expresaba una infantil alegría cuando descendió de la astronave...”

I

Había un brillo húmedo en los ojos del profesor Kummer y todos se apercibieron del tono emocionado da su voz, así como del temblor de sus manos, que jugueteaban con el último botón de su chaleco gris.

—Es triste y gozoso a la vez —dijo, lanzando una mirada hacia la cátedra abarrotada—tener que abandonar estos lugares, después de cerca de treinta años de trabajar en ellos. También es verdad que, normalmente, hubiesen tenido que transcurrir cinco años más para que llegase mi jubilación.

»Pero, y quiero hacer constar mi agradecimiento, la junta directiva de esta universidad, que siempre se preocupó por su profesorado, no ha querido permitirme, en acuerdo con el diagnóstico de mi médico, proseguir lo que califican de «agotadora labor de cátedra». Agradeciéndoselo infinitamente, no dejo de condolerme por tener que abandonaros tan pronto.

»Durante treinta años, he venido explicando astronomía entre estas paredes. Muchachos como vosotros, que hoy ya son hombres hechos y derechos, escucharon mis lecciones, cuando el cielo era para el Hombre tan misterioso casi como para los babilonios y egipcios. Después hemos aprendido muchísimas cosas y vosotros, amigos míos, que oís cada noche la sintonía de los satélites artificiales que, desde hace dos años, giran alrededor de nuestro planeta, estáis seguros de que se acercan los tiempos en los que el espacio será conquistado por el Hombre.

»Yo os lo aseguro. Justamente, en el fondo, me alegro de todo el tiempo libre que van a dejarme mis quehaceres, para dedicarme por entero a esas investigaciones astronáuticas a las que siempre me he dedicado.

Se pasó la mano por la frente.

—Eso es todo, queridos muchachos...

La ovación fue enorme y Mary, la hija del profesor, enlutada por la reciente muerte de su madre, la esposa de Kummer, luchó denodadamente por arrancar al viejo profesor de los que le abrazaban entusiasmados.

Cuando lo logró, escaparon por la puerta lateral, atravesando el pasillo y llegando al jardín, donde estaba aparcado el viejo auto del catedrático jubilado.

Mary lo puso en marcha.

Era una muchacha enjuta, emaciada por los sufrimientos de los últimos meses, pero que conservaba las huellas de una belleza que, por el momento, disimulaba las del dolor.

El profesor iba a su lado, callado, con aquella sonrisa que flotaba siempre en sus labios y aquel brillo que animaba su miope mirada.

—¡Qué buenos chicos son! —dijo al fin.

—¿Quién? —inquirió la muchacha, que iba ensimismada.

—Los alumnos. ¡Lástima que no pueda llevármelos a todos en mi viaje interplanetario!

Ella frunció el entrecejo, frenando rápidamente ante el fuego rojo del semáforo.

—¿Por qué no olvidas todas esas cosas, papá?

Rio él, con voz cascada.

—Ya sé, ya sé, hijita. Tú también me crees loco, como todos. Y, es natural. Sin embargo, si en vez de fijarse tanto en mi minúscula astronave, echasen una ojeada a la fórmula del combustible que he descubierto, el dinitro-metano-propanal y hubiesen visto las pruebas que he hecho con él, pensarían de otro modo.

Ella pisó con impaciencia el pedal del embrague, poniendo nuevamente el coche en marcha.

—Está bien, papá. Mientras los vecinos aguanten el que le caigan latas repletas de líquidos inflamables en los tejados y mientras sus nervios resistan esas explosiones de tu «astronave», todo irá bien.

—¡Los vecinos! ¡Los vecinos! ¡Cuánto me hubiere gustado que el director de la fábrica de coches me hubiera escuchado atentamente! Pero esos señores sólo entienden de dividendos, de márgenes comerciales... ¡Siempre ha ocurrido lo mismo! La historia está llena de inventores famosos que tuvieron que hacerse las cosas en el garaje de sus casas.

Mary se mordió los labios.

Amaba locamente a su padre y por él había soportado una soltería que empezaba ya a pesarle un poco.

Al pensar en ello, recordó la última entrevista con James, una entrevista borrascosa y que había terminado con frases agrias por ambas partes...

¡Si, al menos, no hubiese llamado loco de remate a su padre!

Ella no estaba muy segura de que el profesor no estuviese un poco

chiflado; pero, para ella, lo que valía era aquel maravilloso corazón que se albergaba en el pecho de su padre, aquella bondad innata, aquella sonrisa que jamás se borraba de sus labios.

Había sido, junto a su difunta madre, la muchacha más feliz de todo el condado, la causa de la envidia general, ya que hasta las respingonas damas, las esposas de los dueños, gerentes e ingenieros de las fábricas de la región, habían sentido, como una ofensa, la felicidad de aquella familia, que parecía no empañarse nunca.

¡Y era verdad que habían sido maravillosamente felices!

¿Ahora?

Frunció el entrecejo.

Ahora, por desgracia, era muy diferente; aunque, en el fondo, lo que realmente ocurría era que ella, Mary, temía que los trabajos de su padre fracasasen, pues sabía que toda la alegría, bondad y jovialidad del profesor desaparecerían, si tal cosa ocurriese, para siempre.

¿O era acaso el temor al ridículo lo que la preocupaba más?

Se había acostumbrado, desde que había empezado a salir con James, a las bromas de éste, acerca del viejo profesor.

Al principio, se enfadaba, Pero James tenía una manera de decir las cosas, que ella acabó por sonreír con él, sin tomar en consideración todo lo que el joven decía de su padre.

Le pareció oírle.

«Escucha, preciosa: pero ¿cómo quieres que me crea que con esa cafetera llegue tu padre a la Luna o a Marte? La gente se carcajea cuando se habla de eso. Precisamente, ayer, en el taller...»

Ella estaba segura, completamente segura, de que James no hablaba en serio, que decía aquello por llenar el vacío de sus ratos y que, en el fondo, amaba al profesor tanto como el viejo le apreciaba.

Bastaba que viese a su Mary alegre y dichosa, para que el viejo experimentase una simpatía creciente por aquel joven que, sin embargo, estaba muy lejos del ideal que él hubiese deseado para su hija.

II

Desde la cocina, Mary oía trabajar a su padre que, en el garaje, seguía ensimismado con su nave del espacio.

El aparato no tenía más de dos metros de altura y apenas si cabía en su

interior el cuerpo de un hombre. Tenía la forma clásica de un cohete y estaba pintada de blanco que, en muchos lugares, había recubierto el óxido.

Adolf Kummer trabajaba en mangas de camisa.

Llevaba las gafas, de aros metálicos, que nunca le había visto nadie en la universidad, ya que en el fondo el profesor tenía la coquetería de sentirse siempre joven y gozando de una vista de adolescente.

Trabajaba en aquel momento en la disposición de la puerta automática de su aparato. En el interior, completamente acolchado para combatir los efectos de los cambios de aceleración, había un asiento metálico, parecido al sillín de una bicicleta, pero con un cómodo y amplio respaldo.

Todo había sido calculado para economizar espacio y hacer lo más pequeño posible el aparato. Kummer sabía que el peso jugaba un papel importantísimo y que el llegar o no hasta Marte dependía de la energía de salida de que pudiese disponer.

Con la llave inglesa en la mano, verificó tuercas y tornillos, y tan ensimismado estaba, que no vio la llegada del chiquillo que, después de pasar por debajo del seto que limitaba la propiedad del profesor, se ocultó, a medias, entre los bidones que se amontonaban junto a la puerta del garaje.

El profesor seguía trabajando. Y cuando terminó, posando la llave en el césped, se alejó, lanzando una mirada a la astronave y volviéndose a acercar nuevamente.

La puerta no encajaba como él quería.

Frotándose el mentón, tornó a separarse del aparato, seguro de que aquella compuerta no se adaptaba perfectamente al reborde de caucho que le servía de marco.

—Si se estableciese —dijo —la menor comunicación entre el exterior y el interior, jamás llegaría con vida. Sin embargo —agregó, con un bajón en el brillo de su mirada—, el especialista que me hizo la puerta afirmó que iría bien... Tendré que llamarle por teléfono.

Fue entonces, al darse bruscamente la vuelta, cuando sorprendió al pequeño que, confiando en que el profesor le daba la espalda, se había atrevido a asomar francamente la cabeza.

El rostro del viejo profesor Kummer se iluminó de gozo.

Amaba a los niños de una manera tan especial como intensa. Y hubiese deseado, antes de lanzarse al espacio, de donde podría ser que no regresase jamás, que Mary le hubiese dado un nietecito al que poder contar todas esas cosas que adoran los pequeños.

Hurgando en los bolsillos sacó un dulce y se acercó lentamente al macizo

de verduda tras el que estaba el niño.

—Toma, pequeño; no temas...

El niño alargó la mano y se apoderó del caramelo; luego, mientras sus cortos y gordezuelos dedos luchaban torpemente con la envoltura multicolor, miró al sabio, con su pecoso rostro inundado de alegría.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Adolf.

—Jonah.

—¿Igual que el de la ballena?

—¿Qué ballena?

—Eso te lo contaré otro día. ¿Qué edad tienes?

—Once años.

—Perfecto. Mira, Jonah, vas a salir de ahí y sentarte aquí, cerca de la astronave, pero sin moverte ni tocar nada. Yo voy a telefonear un momentito y volveré en seguida.

Acarició la pelambrera rojiza del pequeño.

—¿Podré venir a verle cuando quiera?

—¡Claro que sí, hijito!

Y el profesor se alejó hacia la casa; mientras, el niño tomó asiento sobre el césped y se quedó, chupando su caramelo, con los ojos muy abiertos y la mirada clavada en el extraño aparato del profesor.

III

Después de entregar el cheque, Mary se fue a sentar en uno de los. bancos que había en el «hall», con la mirada fija en el recuadro luminoso donde aparecería su número cuando le tocase ir a caja.

—¡Caramba, qué sorpresa!

Se estremeció al oír aquella voz, demasiado conocida.

Luego, volviéndose, vio a James, tan elegantemente vestido como siempre, que la miraba con aquella sonrisa que había llegado a desagradarla tanto.

—¡Hola, James! —saludó sin mucho entusiasmo.

Él se sentó a su lado,

—Hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos, pequeña.

—Es verdad.

Él se aventuró a extender la mano, con intención de posarla sobre la de la muchacha, pero ella la retiró prestamente.

No por eso dejó James de sonreír.

—Sigues enfadada, ¿verdad?

Ella no dijo nada.

—Ya sé —dijo él con un tono de voz impregnado de falsa ternura —que ha sido mía toda la culpa. No me vas a creer, Mary, pero llevo siguiéndote muchos días. Precisamente estoy de vacaciones y me he dedicado a verte. Por lo menos, lo he logrado, sin que tú te molestases.

Y viendo que ella seguía encerrada en su firme mutismo:

—Escucha, pequeña. No debes dar tanta importancia a las cosas. Todos los enamorados riñen de vez en cuando: es una ley de la vida. Pero no vayas a creer que esos pequeños y estúpidos disgustos son capaces de borrar el afecto que se siente por la persona amada.

Ella parpadeó intensamente, pero siguió sin decir nada.

—Yo me he dado cuenta de que, a veces, he sido un poco cruel contigo; lo confieso y he pagado lo suficiente esa estupidez mía. ¡Por favor, Mary! Vuelve la cabeza y mírame un poco; no seas tan inútilmente cruel.

La muchacha se volvió para mirarle. El esbozo de sonrisa que entreabría sus labios demostró al hombre que había ganado la partida.

Audazmente cogió las manos de ella, sonriendo triunfalmente.

—¡Gracias a Dios! —dijo—, ¡Qué idiota he sido! Merecería la horca, te lo juro. Muchas veces, estando solo en mi cuarto, he pensado en lo estúpidos que somos los hombres, mostrándonos crueles en momentos en los que debíamos dar prueba del cariño que por encima de todo sentimos. Pero somos así, querida. Quizá sea la guerra la que nos ha hecho tan torpes hacia las mujeres.

—Estoy muy contenta de haberte vuelto a ver —dijo Mary.

—¿Y yo? Si no fueses tan estupendamente buena, me habrías mandado definitivamente a paseo hace mucho tiempo. ¡Soy el último de los necios!

—No digas eso, James.

Guardaron silencio unos instantes.

Luego él, ladinamente:

—¿Cómo sigue tu padre?

Ella frunció el entrecejo.

—¡Como siempre!

—¿Ya no está en la universidad?

—No. Ya sabes lo que ocurrió. Todo el mundo cree que está...

—No lo digas. La gente es también muy estúpida. ¿Sigue preparando su viaje interplanetario?

—Sí. He venido a retirar lo poco que nos quedaba. Necesita mil galones de alcohol, para preparar esa sustancia que impulsará, según él, los motores de su astronave...

—¡Mil galones de alcohol! ¡Deben valer mucho dinero!

—Sí, porque se trata de un alcohol de una pureza especial. Nos quedaban diez mil dólares en el Banco y no voy a poder dejar más que seiscientos. ¡Es una lata no ser ricos! Papá no se da cuenta de todos los quebraderos de cabeza que tengo. Lleva gastado todo lo que había logrado ahorrar.

—Si yo pudiese ayudarte.

—Eres muy bueno, James.

Se frotó él el mentón, como si reflexionase profundamente. Luego, bruscamente, se dio una palmada en la frente.

—¡Qué tonto soy! —exclamó.

—¿Qué pasa, querido?

—¡Que puedo ayudarte, Mary! Me había olvidado de Carrel.

—¿Carrel?

—Sí. Es un buen amigo mío que es el gerente de una casa de productos químicos. Podremos ahorrar gran parte de ese dinero que ibas a gastar.

—¿Cómo?

—¿No lo entiendes, Mary? Compraré yo el alcohol, como si fuese para mí, y Carrel me hará un importante descuento. Así podrás disponer de más dinero o volver a ingresarlo en el Banco.

—¡Eres un tesoro!

La voz del megáfono les interrumpió.

—¡Señorita Kummer, por favor! ¡Señorita Kummer, por favor! ¡A la caja número tres!

—¡Fíjate! No habíamos visto el número en el letrero luminoso. ¡Estábamos tan distraídos!

—Vamos, querida.

IV

—¿Qué te parece, Jonah?

—¡Fantástico, profesor! ¡Ahora sí que ha quedado bien esa puerta! ¡Qué envidia me da el no poder acompañarle!

Adolf se volvió, súbitamente sorprendido, hacia su pequeño amigo.

—Quisieras venir conmigo, ¿verdad?

—¡Claro que sí, señor! Me paso el día leyendo todas las revistas de anticipación que me caen en la mano. ¿Es verdad que va usted a ir a Marte?

—Ese es mi deseo, amiguito.

—¿Y cómo serán los marcianos?

—No lo sé. Si existen seres en ese planeta, serán de nuestro aspecto, sin duda alguna. No creas en todas esas fantasías que se escriben por ahí. Todos esos monstruos que ves pintados en las portadas de las revistas que lees son completamente falsos. La naturaleza no puede haber hecho seres tan horrorosos. Dios no puede haber creado esas horripilantes criaturas.

—Entonces, ¿los marcianos serán como nosotros?

—Seguro, hijo mío. Serán seres inteligentes y hermosos. ¡Ya lo verás!

Los ojos del niño se engrandecieron, duplicando su tamaño.

—¿Eh? ¿Va a llevarme?

—¡Yo no he dicho eso!

Las lágrimas aparecieron en los ojos del niño.

—¡Sí! ¡Usted lo ha dicho! ¡Ha dicho «ya verás»! ¿Y cómo quiere que lo vea si me quedo aquí?

El profesor se mesó la blanca pelambrera que cubría su cabeza.

—Bueno, no llores... —dijo con ternura—. Ya veremos. Después de todo —agregó mirando al niño—, no abultas demasiado y podremos hacerte un sitio.

De repente, una idea oscureció sus planes.

—¿Y tus padres? ¿Crees que autorizarán nuestro proyecto?

—Yo no tengo padres.

—¿Con quién vives entonces?

—Con tío George. Vive solo y siempre está borracho.

Kummer acarició la rojiza pelambrera de su joven amigo.

—Está bien, Jonah; tú has ganado. ¡Pero no debes decir nada a nadie! ¿Entendido?

—Nadie lo sabrá, profesor.

V

El hombre, un trapero de las afueras, miró con desconfianza a James.

—¿Mil galones de alcohol? ¡Me gustarla saber el objeto de esta compra!

—Eso no le importa, buen hombre. Quiero mil galones del alcohol peor que pueda encontrarme usted. Tampoco me importa que esté mezclado con agua o con barro.

—¿Cuánto está usted dispuesto a pagar?

—Lo menos posible.

El otro se rascó la hirsuta y sucia barba que sombreaba su mentón.

—Está bien. Vuelva esta tarde.

—No olvide que los barriles deben oler a alcohol y que uno de ellos, con el tapón deslaclado, debe contener alcohol puro.

—Sí, ya lo sé.

James atravesó la calle y esperó la llegada. del autobús. Una vez dentro, sentado en el fondo de la imperial, sacó el fajo de billetes que le había entregado Mary y los contó con cuidado, gozando con el contacto de los papeles que iban escurriéndose entre sus dedos.

Cuando llegó al centro de la ciudad bajó del vehículo y penetró en un bar, donde todo el mundo le saludó. Poco después, un individuo ultrajosamente vestido, se acercó a él.

—¿Qué tal, James?

—Bien. ¿Cuándo habrá partida?

—Esta noche. ¿Tienes la «pasta»?

—Cinco mil.

El otro silbó prolongadamente.

—¡Eres un as! ¿De dónde has sacado tanto dinero?

—Eso no te importa, Stan.

—Perdona. Sólo era simple curiosidad. Como llevas dos meses sin

trabajar...

Al atardecer, James fue a ver al trapero. Éste tenía ya una pequeña camioneta cargada con barriles.

—¿Cuánto es?

—Seiscientos.

—Quinientos.

El otro se encogió de hombros.

—Está bien. Oiga, devuélvame la camioneta esta misma noche.

—Descuide.

—Quiero advertirle que he tenido que poner mucho alquitrán en el alcohol desnaturalizado de los otros barriles.

—Me importa un bledo.

—Allá usted.

James detuvo la camioneta, media hora después, en los alrededores de la casa del profesor.

Mary le esperaba impaciente en el porche.

—¡Hola, James!

—Hola, querida.

—¿Qué tal ha ido la cosa?

—¡Estupendamente! He ahorrado dos mil dólares. Aquí los tienes.

—¡Eres un ángel!

VI

La señora Fresnel fue la primera en darse cuenta. Aterrorizada, corrió hacia el taller donde trabajaba su esposo, situado en el sótano de su casa, y donde entró dando gritos.

—¡Peter! ¡Peter!

Él se volvió, sin inmutarse demasiado, acostumbrado a los derrames histéricos de su esposa.

—¿Qué ocurre, Lilian?

—¡La casa de los Kummer está ardiendo! ¡Ese loco debe de haber hecho alguno de sus disparatados experimentos!

El señor Fresnel subió a la parte superior de su casa y se asomó por una ventana. En seguida se percató de que el asunto, al menos aquella vez, era serio.

Y corrió al teléfono, requiriendo la presencia de los bomberos.

La alarma cundió por todo el barrio.

No lejos de allí, en un tugurio de la parte baja del condado, cuatro hombres, con los ojos enrojecidos, veían llegar el día, cuando en realidad eran ya más de las nueve de la mañana.

Alguien gritó fuera.

—¡Hay un incendio tremendo en la casa del profesor «chiflado»! ¡Todo está ardiendo!

James se levantó, guardándose el dinero que había ganado en aquella partida. Luego, con una sonrisa cínica:

—Tengo que hacer, muchachos. ¡Se trata de mí padre político!

Salió de la sala y se detuvo unos momentos para llamar por teléfono; luego, ya en la calle, cogió un taxi, haciéndose llevar rápidamente hasta donde le fue posible.

Los bomberos rodeaban ya la casa de la que brotaban las llamas.

Quitándose la chaqueta, que dejó en el taxi, y con un rostro de héroe, James consiguió acercarse, gritando a los bomberos, pero para que todo el mundo le oyese:

—¡Déjenme pasar! ¡Mi prometida se halla ahí dentro!

Finalmente, burlando a uno de los bomberos, logró introducirse en la casa, ante el asombro y la admiración de todos los presentes.

En realidad, la casa no estaba afectada más que por el humo, ya que lo que ardía era el garaje y sus proximidades.

James sabía lo que se hacía.

Encontró a Mary llorando desconsoladamente y mirando por una ventana el humo que rodeaba el garaje.

—¡Papá! ¡Pobre papá!

James la arrancó de allí por la fuerza.

—No te preocupes, querida. Los bomberos le salvarán.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé, amor mío.

La sacó en brazos, siendo ovacionado por los curiosos que se

estacionaban detrás de la hilera protectora de los bomberos.

James estaba seguro de haber ganado la partida. Si, como pensaba, el resto de la «operación» salía bien, la casa y los bienes de los Kummer pasarían a su poder.

VII

La sacudida fue verdaderamente formidable y violenta.

Jonah cayó entre las rodillas del profesor y éste resbaló también. Ambos se hallaron en el suelo de la astronave.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el pequeño, pálido como el papel.

—No te preocupes, hijo. Es natural que la astronave, al despegar, nos haya tirado al suelo. La velocidad que llevamos ahora es formidable...

Pasaron los minutos, en completo silencio; luego, el niño tocó la mano del profesor.

—¿Qué te ocurre? —inquirió éste.

—¿No nota usted el horrible calor que hace?

La mano del sabio se posó sobre la cabeza del pequeño.

—Es la fricción contra el aire —dijo—. En cuanto hayamos salido al espacio exterior, el calor desaparecerá.

—¿Por qué?

—Porque en el vacío ya no hay materia y la astronave se deslizará por él sin el más pequeño choque.

—¿Y... llegaremos pronto a Marte?

—Eso, hijo mío, no lo sé. Todo depende de la velocidad de escape que logremos.

—¡Qué ganas tengo de llegar! ¡Uf, qué calor hace!

Poco después, medio atontado, el niño cayó profundamente dormido. Además, la verdad era que no había dormido la noche anterior, preocupado por la aventura que iba a realizar.

También se adormeció Kummer, pensando que el calor era realmente excesivo.

—Los materiales de la astronave —dijo en voz alta —no son tan resistentes como pensaba.

Pasó el tiempo.

¿Cuánto?

No hubiese podido decirlo el sabio. Dormido, soñó con muchísimas cosas que —¡oh, maravilla! —parecían idénticas a las que estaba soñando el pequeño Jonah.

Y es que los sueños de los viejos y los niños son muy parecidos.

Finalmente, alguien golpeó la pared exterior de la astronave.

Sobresaltado, el profesor despertó al niño.

—¡Ya hemos llegado! ¡Ya hemos llegado!

El niño sonreía feliz.

—¿Vamos a salir?

—Sí. Voy a abrir la escotilla.

Lo hizo y salió dificultosamente al exterior.

Un grupo de seres, en todo semejante a los humanos, pero completamente vestidos de blanco, rodeaban la espacionave.

El niño asomó la cabeza y los miró con los ojos muy abiertos.

—¡Marcianos, profesor!

—Sí, hijo, pero no grites. Quizá no entiendan nuestro lenguaje y tendré que usar toda mi ciencia para hacerme comprender...

Y avanzó, mientras el niño se dejaba caer junto a la astronave, que estaba tendida en el suelo.

La similitud de aquellos seres, que parecían completamente humanos, no le sorprendió grandemente. Estaba seguro de que los marcianos serían idénticos a los terrícolas y muchas veces había hablado de ello en sus conferencias.

Se acercó sonriente, con el brazo derecho levantado, en son de paz. Sus ojos estaban turbios de las lágrimas que pugnaban por salir, prueba de la tremenda emoción que sentía.

¡POR FIN EN MARTE! ¡POR FIN EN CONTACTO CON SERES DE MAS ALLA DEL ESPACIO!

Luego, cuando aquellos seres se lanzaron sobre él, poniéndole la camisa de fuerza, Kummer siguió sonriendo.

—Comprendo —dijo —que desconfiéis de un ser que ha llegado de otro planeta. Pero yo vengo en son de paz. Y, sobre todo, no hagáis daño al niño... ¡Jonah pertenece ya a la raza de los astronautas que conquistarán el espacio!

FIN

NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



—Te presento a mi amigo venusiano de quien te hablé.

Adquiera así que aparezca...

Satélite artificial

Es la mejor novela del espacio del famoso escritor JOHNNY GARLAND.



¡Una historia de guerra relatada en el cráter de un obús!

EL AGUJERO

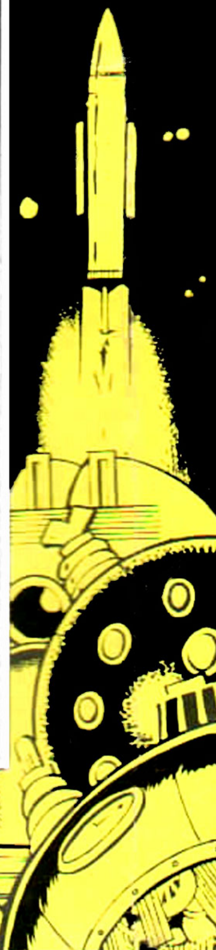
Por
MICHEL TAURIAC

Gran Premio Literario
de Indochina

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

45. — Nosotros, los marcianos. —*Law Space*
46. — Volver a empezar. —*H. S. Thels*
47. — ¡No salgamos al espacio! —*Law Space*
48. — Las blancas nubes de Venus. —*Clark Carrados*
49. — La tiranía de los robots. —*Law Space*
50. — Intriga en el cosmos. —*Red Arthur*
51. — Ha nacido un satélite. —*Clark Carrados*
52. — Bajo la capa mortal.—*S. S. Kent*
53. — El pueblo oculto de Kon-Tiki. —*E. Texeira*
54. — La palanca del tiempo. —*Law Space*
55. — Las estrellas nos atacan. —*Clark Carrados*
56. — Los esclavos de Silón. —*Red Arthur*
57. — Materia negativa. —*H. S. Thels*
58. — La pesadilla de los hipogeos.—*Law Space*
59. — ¡Se acaba la elíptica! —*H. S. Thels*
60. — Una princesa de Sirio. —*Clark Carrados*
61. — Vagabundos del infinito. —*Red Arthur*
62. — La fauna del Espacio. —*H. S. Thels*
63. — Conflicto estelar. —*Clark Carrados*
64. — La bestia informe. —*Law Space*
65. — Memorias de una máquina. —*Clark Carrados*
66. — Mensaje al Universo. —*Louis G. Milk*
67. — ¡Voces en el Espacio! —*H. S. Thels*
68. — Revolución en el Sistema. —*Clark Carrados*
69. — El juego de la muerte. —*Red Arthur*
70. — Policía sideral. —*Clark Currados*
71. — Invasores de la Tierra. —*Johnny Garland*
72. — Extraños en la Luna. —*Eduardo Texeira*
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. —*Law Space*
74. — El planeta perdido. —*Louis G. Milk*
75. — El oro de las estrellas. —*Clark Carrados*
76. — La guardia del tiempo. —*Louis G. Milk*
77. — Vampiro estelar. —*H. S. Thels*
78. — Guerra telepática. —*Law Space*
79. — La guerra de los asteroides. —*Clark Carrados*
80. — Al final del cosmos. —*Law Space*



Escena de la GRAN JORNADA, de
20th Century Fox, Cinemascope

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos

Notas

[←1]

Las teorías kumianas sobre el espacio y el tiempo coinciden con las de Einstein. El espacio, según el ilustre sabio no es INFINITO. Su curvatura, demostrada matemáticamente lo limita; pero, al mismo tiempo, esa curvatura le da una calidad de ILIMITADO, ya que jamás podemos llegar a su final. Como muchos conceptos einstenianos; éste no puede comprenderse más que dentro del más riguroso lenguaje matemático.